

CÓMO ERA CARLOS MARX



Visto por quienes lo conocieron
(Selección de textos)

www.omegalfa.es
Biblioteca Libre

Este libro, que he titulado “¿Cómo era Carlos Marx, según quienes lo conocieron?” es una recopilación de diversos textos obtenidos de las obras que se indican más abajo. Su lectura nos permite acercarnos a la figura humana de aquél extraordinario personaje.

La maquetación y portada han sido realizadas por quien escribe estas líneas. No es, por tanto, una obra sometida a derechos comerciales.

Procedencia de los materiales seleccionados:

—McLellan, David: *Karl Marx, su vida y sus ideas*, Crítica, 1977

— *K. Marx, hombre y revolucionario*: Antología de artículos seleccionados por D. Riazánov, Crítica, 1976

— Plebe, Armando: *Karl Marx, un ensayo de biografía intelectual*, Edit. Hispano Europea, 1976

— Fromm, Erich, *Marx y su concepto del hombre*, F.C.E. 1970

Índice

Recuerdos de Marx, por Paul Lafargue

Notas Dispersas, por Eleanor Marx-Aveung

Carta de Jenny Marx a Joseph Weydemeyer

Marx y los niños, por Wilhelm Liebknecht

Por los campos y los eriales, por Wilhelm Liebknecht

Recuerdos de un obrero, por Friedrich Lessner

H. M. Hydman, el caballero inglés

Bakunin, el oponente anarquista

Confesión: De un manuscrito de Laura, una de las hijas de Marx

En los funerales de Karl Marx, por Frederick Engels

www.omegalfa.es

Biblioteca Libre

RECUERDOS DE MARX¹

PAUL LAFARGUE

*Era un hombre, en todo y por todo,
como no espero hallar otro semejante.
Hamlet, acto I, escena 2.*

-1-

Conocí a Karl Marx en febrero de 1865. La Primera Internacional había sido fundada el 28 de septiembre de 1864 en una reunión celebrada en Saint Martin's Hall, Londres y me dirigí a Londres, desde París, para informar a Marx del desarrollo de la joven organización en aquella ciudad. M. Tolain, ahora senador en la república burguesa, me dio una carta de presentación.

Tenía entonces 24 años. Recordaré mientras viva la impresión que me produjo aquella primera visita. Marx no estaba bien de salud. Trabajaba en el primer volumen de *El capital*, que no se publicó sino dos años después, en 1867. Temía no poder terminar su obra y se sentía contento de recibir visitas de jóvenes. "Debo preparar a otros para que puedan continuar, a mi muerte, la propaganda comunista" —solía decir.

Karl Marx era uno de esos escasos hombres que pueden ser, al mismo tiempo, grandes figuras de la ciencia y de la vida pública: estos dos aspectos estaban tan estrechamente unidos en él que sólo era posible entenderlo tomando en cuenta tanto al intelectual como al luchador socialista.

Marx sostenía la opinión de que la ciencia debe ser cultivada por sí misma, independientemente de los resultados eventuales de la in-

¹ Publicado originalmente en *Die Neue Zeit*, vol. I, 1890-1891.

vestigación pero, al mismo tiempo, creía que un científico sólo se rebajaría si renunciara a la participación en la vida pública o se encerrara en su estudio o en su laboratorio como un gusano en el queso, permaneciendo alejado de la vida y de la lucha política de sus contemporáneos. "La ciencia no debe ser un placer egoísta —solía decir—. Los que tienen la suerte de poder dedicarse a las tareas científicas deben ser los primeros en poner sus conocimientos al servicio de la humanidad."

Uno de sus lemas favoritos era; "Trabajar en favor de la humanidad."

Aunque Marx se emocionaba profundamente ante los sufrimientos de las clases trabajadoras, no fueron las consideraciones sentimentales sino el estudio de la historia y la economía política lo que lo acercó a las ideas comunistas. Sostenía que cualquier hombre no deformado, libre de la influencia de los intereses privados y no cegado por los prejuicios de clase debía llegar necesariamente a las mismas conclusiones. No obstante, al estudiar el desarrollo económico y político de la sociedad humana sin ninguna idea preconcebida, Marx escribió sin otra intención que la de propagar los resultados de su investigación y con la decidida voluntad de aportar un fundamento científico al movimiento socialista, que hasta entonces se había perdido en las nubes de la utopía. Dio publicidad a sus opiniones sólo para favorecer el triunfo de la clase trabajadora, cuya misión histórica es establecer el comunismo, tan pronto como haya logrado la dirección política y económica de la sociedad.

Marx no limitó sus actividades al país donde había nacido. "Soy ciudadano del mundo —decía—; actúo dondequiera que me encuentro." Y en efecto, cualquiera que fuera el país a donde los acontecimientos y la persecución política lo llevaran —Francia, Bélgica, Inglaterra— tuvo siempre una participación prominente en los movimientos revolucionarios que allí se desarrollaban.

Pero no fue al incansable e incomparable agitador socialista sino más bien al científico al que vi, por primera vez, en su estudio de Mailand Park Road. Ese estudio era el centro de reunión al que acudían

los camaradas del Partido procedentes de todas partes del mundo civilizado para conocer las opiniones del maestro del pensamiento socialista. Hay que conocer ese recinto histórico para poder penetrar en la intimidad de la vida espiritual de Marx.

Estaba en el primer piso, inundado de luz por una gran ventana que miraba hacia el parque. Frente a la ventana y a cada lado de la chimenea, las paredes estaban cubiertas por libreros llenos de libros y repletos hasta el techo de periódicos y manuscritos. Frente a la chimenea, a un lado de la ventana, había dos mesas cubiertas de papeles, libros y periódicos; en medio de la habitación, a plena luz, se encontraba un pequeño escritorio sencillo (de tres pies por dos) y un sillón de madera; entre el sillón y el librero, frente a la ventana, había un sofá de cuero en el que Marx solía reposar por ratos. Sobre la chimenea había más libros, puros, cerillas, cajas de tabaco, pisapapeles y fotografías de las hijas de Marx y de su esposa, de Wilhelm Wolff y de Frederick Engels.

Marx era un gran fumador. "*El capital* —me dijo una vez— no pagaré siquiera los tabacos que he fumado mientras lo escribía." Pero aún gastaba más en cerillas. Se olvidaba con tanta frecuencia de su pipa o su puro que utilizaba un número increíble de cajas de cerillas en muy poco tiempo para prenderlos de nuevo.

No permitía a nadie que pusiera sus libros y papeles en orden o más bien en desorden. El desorden en que se encontraban era sólo aparente; en realidad todo estaba en el sitio escogido, de modo que para él resultaba fácil tomar el libro o el cuaderno de notas que necesitaba. Aun durante la conversación, hacía con frecuencia una pausa para mostrar en algún libro una cita o una cifra que acababa de mencionar. Él y su estudio eran uno: los libros y papeles que había allí estaban bajo su control en la misma medida que sus propias piernas.

Marx no gustaba de la simetría formal en el arreglo de sus libros: volúmenes de tamaños diversos y folletos se encontraban juntos. Los arreglaba de acuerdo con el contenido, no por el tamaño. Los libros eran instrumentos de trabajo mental, no artículos de lujo. "Son mis esclavos y deben servirme según mi voluntad" —solía decir. No le

importaba el tamaño ni la encuadernación, la calidad del papel ni la tipografía; doblaba las esquinas de las páginas, marcaba con lápiz los márgenes y subrayaba líneas enteras. Nunca escribía en los libros, pero algunas veces no podía abstenerse de hacer un signo de exclamación o de interrogación cuando el autor iba demasiado lejos. Su sistema de subrayar le facilitaba encontrar cualquier pasaje que necesitara en un libro.

Tenía una memoria extraordinariamente fiel, que había cultivado desde su juventud siguiendo el consejo de Hegel y aprendiendo de memoria versos en un idioma extranjero que no conociera.

Conocía de memoria a Heine y a Goethe y los citaba con frecuencia en sus conversaciones; era lector asiduo de los poetas en todas las lenguas europeas. Leía todos los años a Esquilo en el original griego. Lo consideraba, junto con Shakespeare, como los más grandes genios dramáticos que hubiera producido la humanidad. Su respeto por Shakespeare era ilimitado: hizo un estudio detallado de sus obras y conocía hasta el menos importante de sus personajes. Toda su familia rendía un verdadero culto al gran dramaturgo inglés; sus tres hijas sabían muchas de sus obras de memoria. Cuando, después de 1848, quiso perfeccionar su conocimiento del inglés, que ya leía, buscó y clasificó todas las expresiones originales de Shakespeare. Hizo lo mismo con parte de las obras polémicas de William Cobbett, de quien tenía una gran opinión. Dante y Robert Burns se contaban entre sus poetas favoritos y escuchaba con gran placer a sus hijas, cuando éstas recitaban o cantaban las sátiras y baladas del poeta escocés.

Cuvier, incansable trabajador y maestro de las ciencias, tenía una serie de habitaciones arregladas para su uso personal en el Museo de París, del cual era director. Cada habitación estaba dedicada a un uso específico y contenía los libros, instrumentos, auxiliares anatómicos, etc., necesarios para esos fines. Cuando se cansaba de un tipo de trabajo se dirigía al otro cuarto y se dedicaba a algún otro; este simple cambio de ocupación mental, se dice, era un descanso para él.

Marx era un trabajador tan incansable como Cuvier, pero no tenía los medios para arreglar varios estudios. Descansaba caminando de un

lado a otro por la habitación. Había una franja gastada en el suelo, de la puerta a la ventana, tan claramente definida como un sendero a través de un prado.

Cada cierto tiempo se recostaba sobre el sofá y leía una novela; a veces leía dos o tres a la vez, alternándolas. Como Darwin, era un gran lector de novelas y prefería las del siglo XVIII, especialmente *Tom Jones* de Fielding. Los novelistas más modernos que consideraba más interesantes eran Paul de Kock, Charles Lever, Alejandro Dumas padre y Walter Scott, cuyo libro *Old Mortality* consideraba una obra maestra. Tenía una clara preferencia por las historias de aventuras y de humor.

Situaba a Cervantes y a Balzac por encima de todos los novelistas. Veía en *Don Quijote* la épica de la caballería en desaparición, cuyas virtudes eran ridiculizadas y escarnecidas en el mundo burgués en ascenso. Admiraba tanto a Balzac que quería escribir una crítica de su gran obra, *La comedia humana*, tan pronto como hubiera terminado su libro de economía. Consideraba a Balzac no sólo como el historiador de su tiempo, sino como el creador profético de personajes que todavía estaban en embrión en los días de Luis Felipe y no se desarrollaron plenamente sino después de su muerte, con Napoleón III.

Marx leía todos los idiomas europeos y escribía tres: el alemán, el francés y el inglés, para admiración de los expertos lingüistas. Gustaba de repetir: "Una lengua extranjera es un arma en la lucha por la vida."

Tenía mucho talento para los idiomas, que sus hijas heredaron. Se dedicó a estudiar el ruso cuando ya tenía 50 años y, aunque ese idioma no tenía mucha afinidad con ninguna lengua moderna o antigua de las que conocía, en seis meses lo aprendió tan bien que encontraba gran placer en la lectura de los poetas y prosistas rusos, entre los que prefería a Pushkin, Gogol y Schedrin. Estudió ruso para poder leer los documentos de investigaciones oficiales acalladas por el gobierno ruso debido a las revelaciones políticas que contenían. Amigos fieles consiguieron los documentos para Marx y éste fue, sin duda alguna, el único estudioso de la economía política en Europa Occidental que pudo conocerlos.

Además de los poetas y novelistas, Marx tenía otra manera notable de descansar intelectualmente: las matemáticas, por las que sentía un gusto especial. El álgebra le producía inclusive un consuelo moral y se refugiaba en ella en los momentos más dolorosos de su accidentada vida. Durante la última enfermedad de su mujer no podía dedicarse a su trabajo científico habitual y la única manera en que podía sacudir la depresión producida por los sufrimientos de ella era sumergirse en las matemáticas. Durante esa época de dolor moral escribió una obra de cálculo infinitesimal que, según la opinión de los expertos, es de gran valor científico y será publicada en sus obras completas. Veía en las matemáticas superiores la forma más lógica y, al mismo tiempo, la más sencilla del movimiento dialéctico. Sostenía la opinión de que una ciencia no está realmente desarrollada mientras no ha aprendido a hacer uso de las matemáticas.

Aunque la biblioteca de Marx contenía más de mil volúmenes cuidadosamente seleccionados a lo largo de una labor de investigación de toda una vida, no le bastaba y durante años acudió al Museo Británico, cuyo catálogo apreciaba altamente.

A pesar de que se acostaba muy tarde, Marx se levantaba siempre entre las ocho y las nueve de la mañana, tomaba un poco de café negro, leía los periódicos y se dirigía a su estudio, donde trabajaba hasta las dos o tres de la madrugada. Sólo interrumpía su trabajo para comer y, cuando lo permitía el tiempo, para dar un paseo por Hampstead Heath al atardecer. Durante el día dormía algunas veces una o dos horas en el sofá. En su juventud trabajaba con frecuencia toda la noche.

Marx sentía pasión por el trabajo. Se absorbía tanto en él que muchas veces se olvidaba de comer. Frecuentemente había que llamarlo varias veces para que fuera al comedor y apenas había terminado con el último bocado cuando regresaba a su estudio.

Comía muy poco y hasta sufría de falta de apetito. Trataba de vencerlo con alimentos muy condimentados: jamón, pescado ahumado, caviar, pepinillos. Su estómago tenía que resentir la enorme actividad de su cerebro. Sacrificaba todo su cuerpo al cerebro; pensar era

su gran placer. Con frecuencia le oí repetir las palabras de Hegel, el maestro de filosofía de su juventud: "Aun las ideas criminales de un malvado tienen más grandeza y nobleza que las maravillas de los cielos."

Su constitución física tenía que ser buena para poder resistir este modo de vida poco común y el exhaustivo trabajo mental. Tenía, en efecto, una poderosa constitución, era más alto de lo normal, de anchos hombros, pecho profundo y piernas bien proporcionadas, aunque la columna vertebral era bastante larga en comparación con las piernas, como suele suceder con los judíos. Si hubiera practicado la gimnasia en su juventud se habría convertido en un hombre muy fuerte. El único ejercicio físico que hacía regularmente era caminar: vagaba o subía a los cerros durante horas, conversando y fumando, y no se sentía en absoluto fatigado. Puede decirse que inclusive trabajaba mientras caminaba en su estudio, sentándose sólo durante cortos periodos para escribir lo que había pensado mientras caminaba. Le gustaba caminar para arriba y para abajo mientras hablaba, deteniéndose una que otra vez cuando la explicación se hacía muy animada o la conversación muy seria.

Durante muchos años lo acompañé en sus caminatas nocturnas por Hampstead Heath y fue caminando por los prados como adquirí mi formación económica. Sin advertirlo, me fue exponiendo todo el contenido del primer libro de *El capital* mientras lo escribía.

Al regresar a mi casa, anotaba siempre lo mejor que podía todo lo que había escuchado. Al principio me resultaba difícil seguir el profundo y complicado razonamiento de Marx. Desgraciadamente he perdido esas preciosas notas, porque después de la Comuna la policía saqueó y quemó mis papeles en París y en Burdeos.

Lo que más lamento es la pérdida de las notas que tomé aquella noche en que Marx, con la abundancia de pruebas y consideraciones que le era típica, expuso su brillante teoría acerca del desarrollo de la sociedad humana. Fue como si se me cayeran escamas de los ojos. Por primera vez comprendí claramente la lógica de la historia universal y pude remontarme a los orígenes materiales de fenómenos aparente-

mente tan contradictorios como el desarrollo de la sociedad y las ideas. Me sentí deslumbrado y esa impresión perduró por muchos años.

Los socialistas de Madrid ¹ tuvieron la misma impresión cuando les desarrollé, en la medida de mis escasas posibilidades, la más magnífica de las teorías de Marx, sin duda una de las más grandes elaboradas jamás por el cerebro humano.

El cerebro de Marx estaba armado con un acervo increíble de datos de la historia y las ciencias naturales, así como de las teorías filosóficas. Tenía una capacidad notable para utilizar el conocimiento y las observaciones acumuladas durante años de trabajo intelectual. Podía interrogársele en cualquier momento, sobre cualquier tema, y obtenerse la respuesta más detallada que pudiera desearse, acompañada siempre de reflexiones filosóficas de aplicación general. Su cerebro era como un guerrero acampado, listo para lanzarse a cualquier esfera del pensamiento.

No hay duda de que *El capital* nos revela una mente de sorprendente vigor y saber superior. Pero para mí, como para todos los que conocieron a Marx en la intimidad, ni *El capital* ni ninguna otra de sus obras refleja toda la magnitud de su genio ni la medida de su conocimiento. Era muy superior a sus propias obras.

Yo trabajé con Marx; sólo era el escribano al que dictaba, pero esto me dio la oportunidad de observar su manera de pensar y de escribir. El trabajo era fácil para él y al mismo tiempo difícil. Fácil porque su mente no encontraba dificultades para abarcar los hechos y las consideraciones importantes en su totalidad. Pero esa misma totalidad hacía de la exposición de sus ideas una cuestión de largo y arduo trabajo.

Vico decía: "El objeto es un cuerpo sólo para Dios, que conoce todo; para el hombre, que sólo conoce lo exterior, sólo es superficie."

¹ Después de la derrota de la Comuna de París, Lafargue emigró a España, comisionado por Marx y el Consejo General de la Primera Internacional para que se ocupara de la lucha contra los bakuninistas anarquistas.

Marx captaba los objetos a la manera del Dios de Vico. No sólo veía la superficie, sino lo que estaba por debajo de ésta. Examinaba todas las partes integrantes en su acción y reacción mutuas; aislaba cada una de estas partes y rastreaba la historia de su desarrollo. Luego pasaba del objeto a su ambiente y observaba la reacción de uno sobre el otro. Buscaba el origen del objeto, los cambios, evoluciones y revoluciones que había atravesado y procedía finalmente a sus efectos más remotos. No veía una cosa singularmente, en y para sí, aislada de su entorno: veía un mundo muy complejo en continuo movimiento.

Su intención era desenvolver todo ese mundo en sus numerosas y siempre variantes acciones y reacciones. Hombres de letras de la escuela de Flaubert y los Goncourt se quejan de que es muy difícil expresar con exactitud lo que se ve; sin embargo, lo único que quieren expresar es la superficie, la impresión que les produce. Su obra literaria es un juego de niños en comparación con la de Marx: hacía falta un extraordinario vigor de pensamiento para captar la realidad y expresar lo que veía y quería hacer ver a los demás. Marx nunca se sintió satisfecho de su obra, siempre hacía correcciones y siempre consideraba que la expresión era inferior a la idea que quería manifestar...

Marx tenía las dos cualidades del genio: un incomparable talento para dividir una cosa en cada uno de sus elementos y era un maestro para reconstituir el objeto dividido con todas sus partes, con sus diferentes formas de desarrollo y de descubrir sus relaciones internas recíprocas. Sus demostraciones no eran abstracciones, reproche que le hicieron economistas incapaces de pensar por sí mismos; su método no era el del geómetra que toma sus definiciones del mundo que lo rodea pero se abstrae por completo de la realidad al trazar sus conclusiones. *El capital* no da definiciones ni fórmulas aisladas; da una serie de análisis muy penetrantes que ponen de relieve los matices más evasivos y las gradaciones más difíciles de captar.

Marx comienza por expresar el hecho claro de que la riqueza de una sociedad dominada por el modo de producción capitalista se presenta como una enorme acumulación de mercancías; la mercancía, que es un objeto concreto, no una abstracción matemática, es pues el ele-

mento, la célula, de la riqueza capitalista. Marx toma la mercancía, le da vueltas de arriba abajo y le extrae un secreto tras otro de que los economistas oficiales no tenían la menor idea, aunque estos secretos son más numerosos y profundos que todos los misterios de la religión católica.

Después de examinar a la mercancía en todos sus aspectos, Marx la considera en su relación con otra mercancía, en el cambio. Después se ocupa de su producción y los presupuestos históricos de su producción. Considera las formas que asumen las mercancías y muestra cómo pasan de una a otra, cómo una forma es necesariamente engendrada por la otra. Expone el desarrollo lógico de los fenómenos con un arte tan perfecto que podría pensarse que lo ha imaginado. Y, sin embargo, es un producto de la realidad, una reproducción de la dialéctica real de la mercancía.

Marx fue siempre extremadamente meticuloso con su trabajo: nunca dio un dato ni una cifra que no fuera respaldada por las mejores autoridades. Nunca se sintió satisfecho con una información de segunda mano, siempre fue él mismo a las fuentes, por tedioso que fuera este procedimiento. Para confirmar el menor dato iba al Museo Británico y consultaba varios libros. Sus críticos nunca lograron probarle que fuera negligente ni que basara sus argumentos en datos que no hubieran sido objeto de una estricta comprobación.

Su costumbre de ir siempre a las fuentes lo llevó a leer a autores poco conocidos y que sólo él citaba. *El capital* contiene tantas citas de autores poco conocidos que podría pensarse que Marx deseaba hacer gala de su ilustración. Pero no era esa su intención. "Administro la justicia histórica —decía—. Doy a cada uno lo suyo." Se consideraba obligado a citar al autor que había expresado por primera vez una idea o la había formulado con la mayor corrección, por insignificante y poco conocido que fuera.

Marx era tan meticuloso desde el punto de vista literario como desde el punto de vista científico. No sólo no se basaba jamás en un dato del que no estuviera plenamente seguro, sino que nunca se permitía hablar de algo antes de estudiarlo concienzudamente. No publicó

una sola obra sin haberla revisado repetidas veces, hasta encontrar la forma más apropiada. No podía soportar la idea de manifestarse públicamente sin una cuidadosa preparación. Habría sido una tortura para él mostrar sus manuscritos antes de darles el toque definitivo. Esto le preocupaba tanto que una vez me confesó que preferiría quemar sus manuscritos antes que dejarlos inconclusos.

Su método de trabajo le imponía con frecuencia tareas cuya magnitud difícilmente puede imaginar el lector. Así, para escribir las veinte páginas sobre legislación fabril inglesa que contiene *El capital* revisó toda una biblioteca de *Blue Books* con informes de las comisiones y los inspectores fabriles de Inglaterra y Escocia. Los leyó de punta a cabo, como puede advertirse en las marcas de lápiz que allí aparecen. Consideraba estos informes como los documentos más importantes y autorizados para el estudio del modo de producción capitalista. Tenía una opinión tan alta de los encargados de hacerlos que dudaba de la posibilidad de encontrar en otro país de Europa "hombres tan peritos, imparciales e intransigentes como los inspectores de fábricas de aquel país [Inglaterra]". Les rindió este brillante tributo en el Prefacio de *El capital* *

De esos *Blue Books* Marx extrajo una gran riqueza de datos. Muchos miembros del Parlamento a los que se les distribuyen sólo los utilizan como blancos de tiro, juzgando la potencia del rifle por el número de páginas atravesadas. Otros los venden por libras y es lo mejor que pueden hacer, ya que esto permitió a Marx comprarlos baratos a los viejos comerciantes de papel de Long Acre, a los que solía visitar para revisar sus libros y papeles viejos. El profesor Beesley decía que Marx había sido quien más había utilizado las investigaciones oficiales inglesas y las había puesto en conocimiento de todo el mundo. No sabía que, antes de 1845, Engels tomó numerosos documentos de esos *Blue Books*, para escribir su libro sobre la situación de la clase trabajadora en Inglaterra.

* *El capital*, Fondo de Cultura Económica, México, 1959, p. XV. [E.]

Para conocer y amar el corazón que latía en el pecho de Marx el intelectual había que verlo una vez que había cerrado sus libros y cuadernos y se encontraba rodeado de su familia, o los domingos por la tarde con el grupo de sus amigos. Entonces se mostraba como la más amable de las compañías, lleno de ingenio y de humor, con una risa que venía directamente del corazón.

Sus ojos negros bajo los arcos de sus pobladas cejas brillaban de complacencia y de malicia siempre que escuchaba una opinión ingeniosa o una observación pertinente.

Era un padre amoroso, bondadoso e indulgente. "Los hijos deben educar a sus padres" —decía. Nunca hubo la menor señal del padre autoritario en sus relaciones con sus hijas, cuyo amor hacia él era extraordinario". Nunca les daba una orden, sino que les pedía que hicieran lo que él quería como un favor o les hacía sentir que no debían hacer lo que deseaba prohibirles. Y, no obstante, difícilmente un padre habría podido tener hijos más dóciles que los suyos. Sus hijas lo consideraban un amigo y lo trataban como un compañero; no lo llamaban "padre" sino "*Mohr*"¹ —un apodo que debía a su tez morena y su cabello y sus barbas negros como el azabache. Los miembros de la Liga Comunista, por su parte, lo llamaban "el padre Marx" antes de 1848, cuando no tenía siquiera treinta años...

Marx se pasaba horas jugando con sus hijas. Éstas recuerdan todavía las batallas marítimas en una gran tina de agua y el incendio de las flotas de barcos de papel que les hacía y a los que prendían fuego después para su gran entusiasmo.

Los domingos sus hijas no lo dejaban trabajar; les pertenecía por todo el día. Si el tiempo era bueno, toda la familia iba a dar un paseo por el campo. En el camino, se detenían en alguna posada modesta a comprar pan, queso y cerveza de gengibre. Cuando sus hijas eran pe-

¹ "Moro"

queñas les hacía sentir más corto el camino durante un largo paseo contándoles interminables historias fantásticas que inventaba en medio de la marcha, desarrollando y haciendo más tensas las complicaciones de acuerdo con la distancia que tenían que recorrer, de modo que las pequeñas se olvidaran del cansancio al escucharlo.

Tenía una imaginación incomparablemente fértil: sus primeras obras literarias fueron algunos poemas. La señora Marx conservaba cuidadosamente los poemas escritos por su marido en su juventud, pero nunca los mostraba a nadie. Su familia había soñado con que se convirtiera en hombre de letras o en profesor y consideraba que se estaba rebajando al entregarse a la agitación socialista y la economía política, desdeñada por entonces en Alemania.

Marx había prometido a sus hijas que escribiría para ellas un drama sobre los Gracos. Desgraciadamente no pudo cumplir su palabra. Habría sido interesante ver cómo él, llamado el "campeón de la lucha de clases", hubiera tratado ese episodio terrible y magnífico de la lucha de clases en el mundo antiguo. Marx elaboró muchos planes que nunca fueron realizados. Entre otras obras, proyectaba escribir una *Lógica* y una *Historia de la Filosofía*, siendo éste su tema favorito en sus días de juventud. Habría tenido que vivir cien años para realizar todos sus planes literarios y entregar al mundo una parte del tesoro que albergaba su cerebro.

La esposa de Marx fue su colaboradora durante toda su vida, en el más verdadero y pleno sentido de la palabra. Se habían conocido de niños y habían crecido juntos. Marx sólo tenía diecisiete años cuando se comprometió. La joven pareja tuvo que esperar siete largos años antes de casarse en 1843. Desde entonces jamás se separaron.

La señora Marx murió poco antes que su marido. Nadie tenía un mayor sentido de la igualdad que ella, aunque nació y se crió en el seno de una familia aristocrática alemana. Recibía a los trabajadores, vestidos con sus ropas de trabajo, en su casa y en su mesa con la misma cortesía y consideración que si fueran duques o príncipes. Muchos trabajadores de distintos países disfrutaron de su hospitalidad y estoy convencido de que ninguno de ellos imaginó siquiera que aquella mu-

jer que los recibía con una cordialidad tan hogareña' y sincera descendía, por la línea materna, de la familia de los Duques de Argyll y que su hermano era ministro del rey de Prusia. Esto no le importaba a la señora Marx; había renunciado a todo para seguir a su Karl y nunca, ni siquiera en las épocas de tremenda necesidad, lamentó haberlo hecho.

Tenía un cerebro claro y brillante. Sus cartas a los amigos, escritas sin restricciones ni esfuerzo, son logros magistrales de un pensamiento vigoroso y original. Era un placer recibir una carta de la señora Marx. Johann Philipp Becker publicó varias de sus cartas. Heine, satírico despiadado, temía la ironía de Marx pero sentía gran admiración por el espíritu penetrante y sensible de su esposa; cuando los Marx estaban en París era uno de sus visitantes habituales.

Marx tenía tanto respeto por la inteligencia y el sentido crítico de su mujer que le mostraba todos sus manuscritos y daba gran importancia a su opinión, según él mismo me dijo en 1866. La señora Marx copiaba los manuscritos de su marido antes de enviarlos a la imprenta.

La señora Marx tuvo varios hijos. Tres de ellos murieron a una tierna edad, durante el periodo de dificultades que atravesó la familia después de la Revolución de 1848. Por entonces vivían como emigrantes en Londres, en dos pequeñas habitaciones en Dean Street, Soho Square. Yo sólo conocí a las tres hijas. Cuando fui presentado a Marx en 1865 su hija más joven, ahora la señora Aveling, era una niña encantadora con un carácter muy alegre. Marx solía decir que su mujer se había equivocado en el sexo cuando la había traído al mundo. Las otras dos hijas formaban un contraste sorprendente y armonioso. La mayor, la señora Longuet, tenía la tez morena y la complexión vigorosa del padre, los ojos oscuros y el pelo negro azabache. La segunda, la señora Lafargue, tenía el cabello claro y la piel color de rosa, su hermoso cabello rizado tenía un resplandor dorado, como si hubiera apresado los rayos del sol poniente: era como su madre.

Otro miembro importante del hogar de los Marx era Hélène Demuth. Nacida de una familia campesina, entró al servicio de la señora Marx mucho antes de su matrimonio, cuando apenas era más que una

niña. Cuando se casó, permaneció a su lado y se dedicó a la familia Marx con un olvido total de sí misma. Acompañó a su señora y al esposo de ésta en todos sus viajes por Europa y compartió su exilio. Era el hada de la casa y siempre encontraba solución a las situaciones más difíciles. Fue gracias a su sentido del orden, a su economía y a su habilidad que la familia Marx nunca se encontró privada de lo más esencial. Sabía hacer de todo: cocinaba, limpiaba la casa, vestía a las niñas, les cortaba sus vestidos y los cosía con la señora Marx. Era ama de llaves y mayordomo al mismo tiempo: manejaba toda la casa. Las niñas la querían como a una madre y los sentimientos maternales que abrigaba hacia ellas le daban tal autoridad. La señora Marx la consideraba su amiga del alma y Marx le dispensaba una amistad especial: jugaba con ella al ajedrez y con frecuencia perdía.

Hélène quería ciegamente a la familia Marx: todo lo que hicieran estaba bien a sus ojos y no podía ser de otra manera; quien criticara a Marx tenía que vérselas con ella. Extendía su protección maternal a todo el que fuera admitido en la intimidad de los Marx. Era como si hubiera adoptado a toda la familia Marx. Sobrevivió a Marx y a su mujer y entonces trasladó sus cuidados a la casa de Engels. Lo había conocido desde niña y le dispensaba el mismo afecto que tenía por la familia Marx.

Engels era, por así decir, un miembro de la familia Marx. Las hijas de Marx lo llamaban su segundo padre. Era el *alter ego* de Marx. Durante mucho tiempo sus dos nombres nunca se separaron en Alemania y permanecerán unidos para siempre en la historia.

Marx y Engels fueron la personificación en nuestro tiempo del ideal de amistad pintado por los poetas de la antigüedad. Desde su juventud se desarrollaron juntos y paralelamente, vivieron en una íntima camaradería de ideas y sentimientos y compartieron la misma agitación revolucionaria; mientras vivieron cerca trabajaron en común. Si los acontecimientos no los hubieran separado por más de veinte años habrían trabajado juntos, probablemente, durante todas sus vidas. Pero después de la derrota de la Revolución de 1848, Engels tuvo que irse a Manchester, mientras que Marx se vio obligado a permanecer en

Londres. Aun así, continuaron su vida intelectual en común, escribiéndose casi diariamente, dándose sus opiniones sobre los acontecimientos políticos y científicos y sobre el trabajo de ambos. En cuanto Engels pudo librarse de su trabajo se apresuró a marchar de Manchester a Londres, donde fijó su casa a sólo diez minutos de distancia de su querido Marx. Desde 1870 hasta la muerte de su amigo no pasó un solo día sin que ambos se vieran, unas veces en casa de uno y otras en la del otro.

Fue un día de gozo para los Marx cuando Engels les anunció que venía de Manchester. Se habló mucho de su próxima visita y, el día de su llegada, Marx estaba tan impaciente que no podía trabajar. Los dos amigos se pasaron toda la noche fumando y bebiendo juntos y conversando sobre todo lo que había sucedido desde su última reunión.

Marx apreciaba la opinión de Engels más que la de ningún otro, porque Engels era el hombre al que consideraba capaz de ser su colaborador. Engels constituía para él todo un auditorio. Ningún esfuerzo le habría parecido excesivo a Marx para convencer a Engels y ganarlo para sus ideas. Lo he visto, por ejemplo, leer una y otra vez volúmenes enteros para encontrar el dato que necesitaba para hacer variar la opinión de Engels sobre algún punto secundario que no recuerdo, acerca de las guerras políticas y religiosas de los albigenses. Fue un triunfo para Marx lograr que Engels cambiara de opinión.

Marx estaba orgulloso de Engels. Se complacía en enumerarme todas sus cualidades morales e intelectuales. Una vez hizo el viaje especialmente a Manchester conmigo para presentármelo. Admiraba la versatilidad de sus conocimientos y se alarmaba por lo más mínimo que pudiera sucederle. "Tiemblo —me decía— por miedo de que pueda sufrir un accidente de caza. Es tan impetuoso; galopa por el campo con las riendas flojas, sin pararse ante ningún obstáculo."

Marx era tan buen amigo como esposo y padre amante. En su mujer y sus hijas, en Hélène y Engels encontró los objetos merecedores del amor de un hombre de su calidad.

Habiendo comenzado como dirigente de la burguesía radical, Marx se vio abandonado tan pronto como su oposición se volvió demasiado resuelta y lo consideraron como un enemigo en cuanto se hizo socialista. Fue hostigado y expulsado de Alemania después de haber sido desacreditado y calumniado y después se hizo una conspiración del silencio contra él y su obra. *El 18 Brumario*, que demuestra que Marx fue el único historiador y político de 1848 que comprendió y reveló la verdadera naturaleza de las causas y resultados del golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851, fue completamente ignorado. A pesar de la veracidad de la obra ni un solo periódico burgués la mencionó siquiera.

La miseria de la filosofía, respuesta a la *Filosofía de la miseria* y *Una contribución a la crítica de la economía política* fueron igualmente ignorados. La Primera Internacional y el primer libro de *El capital* rompieron esta conspiración del silencio que había durado quince años. Marx no podía seguir siendo ignorado: la Internacional propagó por el mundo la gloria de sus realizaciones. Aunque Marx permaneció en segundo plano y dejaba que otros actuaran pronto se descubrió quién era el hombre detrás de los bastidores.

El Partido Socialdemócrata fue fundado en Alemania y se convirtió en una fuerza cortejada por Bismarck antes de atacarla. Schweitzer, seguidor de Lasalle, publicó una serie de artículos, muy elogiados por Marx, para difundir *El capital* entre el público trabajador. Por una moción de Johann Philipp Becker, el Congreso de la Internacional adoptó una resolución que atraía la atención de los socialistas de todos los países hacia *El capital* como la "Biblia de la clase trabajadora".¹

Después del levantamiento del 18 de marzo de 1871, en donde muchos pretendieron ver la obra de la Internacional y después de la

¹ Esta resolución fue adoptada por el Congreso de Bruselas de la Primera Internacional, en septiembre de 1868. [E.]

derrota de la Comuna, a la que el Consejo General de la Primera Internacional se dedicó a defender contra la rabia de la prensa burguesa en todos los países, el nombre de Marx se dio a conocer en todo el mundo. Fue reconocido como el más grande teórico del socialismo científico y el organizador del primer movimiento internacional de la clase trabajadora.

El capital se convirtió en el manual de los socialistas de todos los países. Todos los periódicos socialistas y de la clase trabajadora difundieron sus teorías científicas. Durante una gran huelga que estalló en Nueva York se publicaron extractos de *El capital* en forma de volantes para inspirar a los trabajadores la resistencia y para demostrarles cuan justificadas eran sus demandas.

El capital fue traducido a las principales lenguas europeas: ruso, francés e inglés y se publicaron fragmentos en alemán, italiano, francés, español y holandés. Siempre que sus opositores hicieron intentos en Europa o en los Estados Unidos para refutar sus teorías, los economistas recibían siempre una respuesta socialista que les hacía cerrar la boca. *El capital* es hoy realmente, como fue llamado por el Congreso de la Internacional, *la Biblia de la clase trabajadora*.

La participación de Marx en el movimiento socialista internacional le quitaba tiempo a su actividad científica. La muerte de su mujer y de su hija mayor, la señora Longuet, también ejercieron un efecto adverso sobre aquélla.

El amor de Marx por su mujer era profundo e íntimo. Su belleza había sido su orgullo y su alegría, su bondad y dedicación habían aligerado para él las dificultades necesariamente resultantes de su accidentada vida como socialista revolucionario. La enfermedad que llevó a la muerte a Jenny Marx acertó también la vida de su marido. Durante esa larga y dolorosa enfermedad Marx, exhausto por la falta de sueño y de ejercicio y aire fresco y por la preocupación moral, contrajo la neumonía que había de arrebatarlo a la vida.

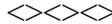
El 2 de diciembre de 1881, la esposa de Marx murió como había vivido, como comunista y materialista. La muerte no le producía te-

rror. Cuando sintió que se acercaba el fin exclamó: “¡Karl, me faltan las fuerzas!” Ésas fueron sus últimas palabras inteligibles.

Fue sepultada en el cementerio de Highgate, en terreno no consagrado, el 5 de diciembre. Conforme a los hábitos de su vida y de la de Marx, se cuidó que sus funerales no se hicieran públicos y sólo algunos amigos íntimos la acompañaron a su último lugar de descanso. El viejo amigo de Marx, Engels, pronunció la oración fúnebre sobre su tumba.

Después de la muerte de su mujer, la vida de Marx fue una sucesión de sufrimientos físicos y morales que soportó con gran fortaleza. Éstos se agravaron con la súbita muerte de su hija mayor, la señora Longuet, un año después. Estaba destrozado y ya no habría de recuperarse.

Murió en su mesa de trabajo, el 14 de marzo de 1883, a la edad de sesenta y cuatro años.



CARTA DE JENNY MARX

A JOSEPH WEYDEMEYER *

* Publicada en *Die neue Zeit*, vol.2, 1906-1907. Comprobado con una fotocopia del manuscrito. [T.L]

Londres, 20 de mayo de 1850.

Querido Herr Weydemeyer: Pronto hará un año de la fecha en que usted y su querida esposa me brindaron tan amistosa y cordial hospitalidad, cuando me sentí tan a gusto en vuestra casa. En todo este tiempo no les he dado señales de vida: no respondí cuando su esposa me escribió una carta muy amistosa y ni siquiera rompí ese silencio cuando recibimos la noticia del nacimiento de su hijo. Este silencio me ha deprimido con frecuencia, pero la mayor parte del tiempo me vi imposibilitada para escribir y aun hoy me resulta difícil, muy difícil. Las circunstancias me obligan, sin embargo, a tomar la pluma. Le ruego *que nos envíe lo más pronto posible el dinero que se haya recibido o se reciba de la Revue.*¹ *Lo necesitamos mucho, muchísimo.* Nadie puede reprocharnos el haber exagerado los sacrificios que hemos estado haciendo y soportando por años, el público nunca o casi nunca ha tenido noticia de nuestra situación; mi marido es muy susceptible en estas cuestiones y preferiría sacrificarse hasta el final antes que recurrir a la limosna democrática, como muchos "grandes hombres" oficialmente reconocidos. Pero habría podido esperar un apoyo activo y vigoroso de sus amigos para su *Revue*, especialmente de sus amigos de Colonia. Habría podido esperar ese apoyo, antes que nada, de allí donde sus sacrificios por la *Rheinische Zeitung* eran conocidos. Pero en vez de ello, todo se ha arruinado debido a una administración negligente y desordenada y no es posible determinar si las demoras del librero o de los administradores o conocidos en Colonia o la actitud de los demócratas en general han sido las más ruinosas.

Mi marido está dominado por las preocupaciones mezquinas de la vida de una manera tan terrible que ha hecho falta toda su energía, todo su claro y tranquilo sentido de la dignidad para mantenerlo en esa lucha cotidiana, continua. Usted conoce, mi querido Herr Weydemeyer, los sacrificios que mi marido ha hecho por el periódico. Le dedicó varios miles, en dinero contante y sonante, asumió la propiedad del

¹ Publicada en *Die neue Zeit*, vol.2, 1906-1907. Comprobado con una fotocopia del manuscrito. [T.L.]

periódico instado por valiosos Demócratas que, de otra manera, habrían tenido que responder ellos mismos por las deudas, en un momento en que eran escasas las posibilidades de éxito. Para salvar el honor político del periódico y el honor cívico de sus amigos de Colonia asumió toda la responsabilidad; sacrificó su imprenta, sacrificó todos sus ingresos y, antes de irse, inclusive pidió prestados 300 táleros para pagar la renta del local recién alquilado y los altos sueldos de los directores, etcétera. Y habían de expulsarlo a la fuerza. Usted sabe que nosotros no nos quedamos con nada. Yo fui a Frankfurt a empeñar mi plata —la última que nos quedaba— y vendí mis muebles de Colonia porque corría el peligro de que mi ropa de cama y todo lo demás fuera embargado. Al principiar el desgraciado periodo de la contrarrevolución, mi marido fue a París y yo lo seguí con mis tres hijas. Apenas se había instalado en París cuando fue expulsado e inclusive a mis hijas y a mí se nos negó el permiso para seguir residiendo allí. Lo seguí nuevamente del otro lado del mar. Un mes después nació nuestro cuarto hijo. Hay que conocer Londres y las condiciones aquí para comprender lo que significa tener tres hijos y dar a luz otro. Únicamente por la renta teníamos que pagar 42 táleros al mes. Pudimos cubrir este gasto gracias al dinero que recibíamos, pero nuestros escasos recursos quedaron exhaustos al publicarse la *Revue*. En contra de lo que se había acordado no se nos pagó y después sólo recibimos pequeñas sumas, de modo que nuestra situación aquí era muy alarmante.

Le describiré *un* día de esta vida, exactamente —tal como era, y comprenderá usted que pocos emigrantes quizá han pasado por algo semejante. Como las nodrizas son aquí demasiado caras decidí alimentar yo misma a mi hijo, a pesar de que sufría de terribles dolores en el pecho y en la espalda. Pero el pobre angelito bebía tanta preocupación y acallada ansiedad que se alimentaba mal y sufría terriblemente de día y de noche. Desde que vino al mundo no ha dormido una sola noche completa, dos o tres horas cuando más y eso raramente. Ha sufrido recientemente también de violentas convulsiones y no ha dejado de estar entre la vida y la muerte. En medio de su dolor, mamaba tan desesperadamente que mi pecho se irritó, la piel se agrietó y muchas veces la sangre llenaba su boquita temblorosa. Estaba sentada

con él un día, en estas condiciones, cuando entró nuestra casera. Le habíamos pagado 250 táleros en el invierno y habíamos acordado que en el futuro no le entregaríamos el dinero a ella sino a su casateniente, que tenía un auto judicial contra ella. Negó el acuerdo y exigió cinco libras que todavía le debíamos. Como no teníamos el dinero en ese momento (la carta de Naut llegó después) vinieron dos alguaciles y me embargaron los pocos objetos que poseía —ropa, camas—, todo, hasta la cuna de mi pobre hijito y los mejores juguetes de mis hijas, que se pusieron a llorar amargamente.

Amenazaron con llevarse todo en el término de dos horas. Habría tenido que dormir sobre el piso, con mis hijas heladas y mi pecho enfermo. Nuestro amigo Schramm se apresuró a ir al centro de la ciudad, en busca de ayuda. Subió a un coche, pero los caballos tropezaron y salió despedido del coche y lo trajeron sangrando a la casa, donde yo me encontraba en sollozos con mis pobres hijos que temblaban de frío.

Tuvimos que abandonar la casa al día siguiente. Hacía frío, llovía y estaba oscuro. Mi marido, nos buscaba acomodo. Cuando mencionaba a los cuatro niños nadie nos aceptaba. Por fin un amigo nos ayudó, pagamos la renta y rápidamente vendí todas las camas para pagar al farmacéutico, al panadero, al carnicero y al lechero que, alarmados ante el embargo, de repente me asediaron con sus cuentas. Las camas que habíamos vendido fueron sacadas y colocadas en una carretilla. ¿Qué sucedía? Ya se había puesto el sol. Estábamos contraviniendo las leyes inglesas. El dueño de la casa nos alcanzó con dos guardias, sosteniendo que podía haber algunas de sus pertenencias entre nuestras cosas y que queríamos marcharnos al extranjero. En menos de cinco minutos había dos o trescientas personas reunidas frente a nuestra puerta: toda la gente de Chelsea. Las camas fueron traídas de nuevo, no pudieron ser entregadas al comprador sino después de salir el sol, al día siguiente. Cuando vendimos todas nuestras pertenencias me fui con mis pequeños a las dos pequeñas habitaciones que ahora ocupamos en el Germán Hotel, 1, Leicester St., Leicester Square. Allí, por 5 libras a la semana se nos dio una acogida humana.

Perdóneme, querido amigo, por ser tan extensa y emplear tantas palabras para describirle un día de nuestra vida aquí. Es indiscreto, lo sé, pero mi corazón rebosa esta noche y debo descargarlo al menos una vez con el más viejo, el mejor y el más verdadero de mis amigos. No crea usted que estas mezquinas preocupaciones me han derrotado: sé demasiado bien que nuestra lucha no es aislada y que, en particular, soy de los privilegiados, felices y favorecidos puesto que mi amado marido, el sostén de mi vida, está todavía a mi lado. Lo que realmente tortura mi alma y hace sangrar mi corazón es que tuviera que sufrir tanto por cosas tan mezquinas, que tan poco se pudiera hacer por ayudarle y que el, que tan decidida y jubilosamente ha ayudado a tantos, se encontrara tan privado de toda ayuda. Pero comprenda, querido Herr Weydemeyer, que no hacemos exigencias a nadie. Lo único que mi marido habría pedido a quienes les había ofrecido sus ideas, su aliento y su apoyo era que demostraran más energías en aquel negocio y más apoyo para su *Revue*. Me siento orgullosa y tengo la audacia de hacer esta afirmación. Eso cuando menos le debían. No creo que hubiera sido injusto para nadie. Eso es lo que me acongoja, Pero mi marido es de otra opinión. Nunca, ni en los momentos más terribles, perdió su confianza en el futuro, ni siquiera su alegre humor y se sentía satisfecho si me veía contenta y a nuestros queridos hijos en torno a su madre. Él no sabe, querido Herr Weydemeyer, que yo le he escrito con tanto detalle acerca de nuestra situación. Por eso le ruego que no haga referencia a estas líneas. Lo único que sabe es que yo le he pedido en su nombre que apesure lo más que pueda el envío de nuestro dinero.

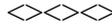
Adiós, amigo mío. Déle a su esposa mis más afectuosos recuerdos y bese a su angelito por una madre que ha derramado muchas lágrimas por su propio hijo. Nuestras tres hijas mayores están espléndidamente, en medio de todo. Las niñas están bonitas, saludables, alegres y bien y nuestro rechoncho niño está lleno de buen humor y de las más divertidas ocurrencias. El duendecillo canta todo el día con sorprendente sentimiento, con una voz atronadora. La casa se conmueve cuando grita con voz terrible las palabras de la Marsellesa de Freiligrath:

¡Truenos, oh junio, nobles hazañas,

Nuestro corazón aspira a la fama!

Quizás es el destino histórico de ese mes, como de sus dos predecesores,¹ iniciar la lucha gigantesca en la que todos nos daremos nuevamente la mano,

¡Adiós!



KARL MARX (NOTAS DISPERSAS)²

por ELEANOR MARX-AVEUNG

¹ Se refiere a junio de 1848 -la derrota del proletariado de París- y a junio de 1849 —el fracaso de la campaña para una Constitución del Reich en el Suroeste de Alemania.

[E.]

² Escrito originalmente en inglés. [T.L]

Mis amigos austríacos me piden que les envíe algunos recuerdos de mi padre. No podían haberme pedido nada más difícil. Pero los hombres y mujeres de Austria están realizando una lucha tan espléndida por la causa en favor de la cual vivió y trabajó Karl Marx, que no es posible negarse. Y por eso trataré de enviarles algunas notas dispersas y desorganizadas acerca de mi padre.

Muchas historias se han contado sobre Karl Marx, sobre sus "millones" (en libras esterlinas, por supuesto, ya que no podía ser moneda de menor denominación), hasta una subvención pagada por Bismarck, al que supuestamente visitaba constantemente en Berlín en los días de la Internacional (¡). Pero, después de todo, para los que conocieron a Karl Marx ninguna leyenda es más divertida que esa muy difundida que lo pinta como un hombre moroso, amargado, inflexible, inabordable, una especie de Júpiter Tonante, lanzando siempre truenos, incapaz de una sonrisa, aposentado indiferente y solitario en el Olimpo. Este retrato del ser más alegre y jubiloso que haya existido, de un hombre rebosante de buen humor, cuya cálida risa era contagiosa e irresistible, del más bondadoso, gentil, generoso de los compañeros es algo que no deja de sorprender —y divertir— a quienes lo conocieron.

En su vida hogareña, lo mismo que en las relaciones con sus amigos e inclusive con los simples conocidos, creo que podría afirmarse que las principales características de Karl Marx fueron su perdurable buen humor y su generosidad sin límites. Su bondad y paciencia eran realmente sublimes. Un hombre de temperamento menos amable se hubiera desesperado ante las interrupciones constantes, las exigencias continuas que recibía de toda clase de personas. Que un refugiado de la Comuna —un viejo terriblemente monótono, por cierto— que había retenido a Marx durante tres horas mortales, cuando se le dijo por fin que el tiempo urgía y que todavía había mucho trabajo por hacer, le respondiera: "*Mon cher Marx, je vous excuse*" es característico de la cortesía y la gentileza de Marx.

Lo mismo que con aquel aburrido señor, con cualquier hombre o mujer al que creyera honesto (y prestaba su precioso tiempo a muchos que abusaban lamentablemente de su generosidad), Marx fue siempre

el más amistoso y bondadoso de los hombres. Su facultad para "atraer" a la gente, para hacerles sentir que estaba interesado en ellos era maravillosa.

He oído hablar, a hombres de las más diversas ideas y posiciones, de su capacidad peculiar para comprenderlos y para comprender sus posturas. Cuando creía que alguien era realmente honesto su paciencia era ilimitada. Ninguna pregunta le parecía demasiado trivial y ningún argumento demasiado infantil para una discusión seria. Su tiempo y sus vastos conocimientos estaban siempre al servicio de cualquier hombre o mujer que se mostrara ansioso de aprender.

Pero era en su relación con los niños donde Marx era quizás más encantador. No ha habido compañero de juegos más agradable para los niños. El recuerdo más antiguo que tengo de él data de mis tres años de edad, y "Mohr" (tengo que usar el viejo apodo familiar) me llevaba cargada sobre sus hombros alrededor de nuestro pequeño jardín en Grafton Terrace poniéndome flores en mis cabellos castaños. Mohr era, en opinión de todos nosotros, un espléndido caballo. Antes —yo no recuerdo aquellos días pero me lo han contado— mis hermanas y mi hermanito —cuya muerte poco después de mi nacimiento fue una pena de toda la vida para mis padres— "arreaban" a Mohr, atado a unas sillas sobre las que se "montaban" y que él tenía que arrastrar... Personalmente —quizás porque no tenía hermanas de mi edad— prefería a Mohr como caballo de montar. Sentada sobre sus hombros, agarrada a su gran crin de pelo, negro por aquella época, apenas con un poco de gris, me dio magníficos paseos por nuestro pequeño jardín y por los terrenos —ahora construidos— que rodeaban nuestra casa de Grafton Terrace. Debo decir algo sobre el nombre de "Mohr". En la casa todos teníamos apodos. (Los lectores de *El capital* saben lo hábil que era Marx para poner nombres.) "Mohr" era el nombre habitual, casi oficial, por el que Marx era llamado, no sólo por nosotros, sino por todos los amigos más íntimos. Pero también era nuestro "Challey" (supongo que se trataba, originalmente, de una corrupción de Charley) y nuestro "Old Nick". Mi madre era siempre nuestra "Mohme". Nuestra vieja amiga Héléne Demuth —amiga de toda la vida de mis padres— se convirtió, después de pasar por una serie de nombres, en

"Nym". Engels, después de 1870, era nuestro "General". Una amiga muy íntima —Lina Scholer— nuestra "Old Mole". Mi hermana Jenny era "Qui Qui, Emperador de la China" y "Di". Mi hermana Laura (la esposa de Lafargue) era "el Hotentote" y "Kakadou". Yo era "Tussy" —apodo que he conservado— y "Quo Quo, Sucesor del Emperador de la China" y, durante mucho tiempo, fui también "Getwerg Alberich" (de los *Nibelungen Lied*).

Pero si Mohr era un excelente caballo, tenía otra cualidad superior. Era un narrador único, sin rival. He oído decir a mis tías que, cuando era niño, era un terrible tirano con sus hermanas a las que "guiaba" por el Markusberg en Treveris a gran velocidad, sirviéndole de caballos y, lo que era peor, insistía en que comieran los "pasteles" que hacía con una sucia masa y con manos más sucias todavía. Pero ellas soportaban el "paseo" y comían los "pasteles" sin un murmullo, para escuchar las historias que Karl les contaba como premio por sus virtudes. Y así, muchos años después, Marx les contaba historias a sus hijas. A mis hermanas —yo era entonces demasiado pequeña— les contaba cuentos cuando iban de paseo, y aquellos cuentos se medían por millas no por capítulos.

"Cuéntanos otra milla", era la petición de las dos niñas. Por mi parte, de los muchos cuentos maravillosos que Mohr me contó, el más delicioso era "Hans Röckle". Duró meses y meses; era toda una serie de cuentos. ¡Lástima que nadie pudo escribir aquellos cuentos tan llenos de poesía, de ingenio, de humor! Hans Röckle era un mago al estilo de Hoffmann, que tenía una tienda de juguetes y que siempre estaba "a la cuarta pregunta". Su tienda estaba llena de las cosas más maravillosas —hombres y mujeres de madera, gigantes y enanos, reyes y reinas, trabajadores y señores, animales y pájaros tan numerosos como los del Arca de Noé, mesas y sillas, carruajes, cajas de todas especies y tamaños.

Y, aunque era un mago, Hans no podía cumplir nunca con sus obligaciones ni con el diablo ni con el carnicero y por eso —muy en contra de su voluntad— se veía obligado siempre a vender sus juguetes al diablo. Éstos atravesaban entonces por maravillosas aventuras

—que terminaban siempre en el regreso a la tienda de Hans Rockle. Algunas de estas aventuras eran tan tristes y terribles como cualquiera de las de Hoffmann; algunas eran cómicas; todas narradas con inagotable inspiración, ingenio y humor.

Y Mohr también les leía a sus hijas. A mí, y a mis hermanas antes, me leyó todo Homero, todos los *Nibelungen Lied*, *Gudrun*, *Don Quijote*, *Las mil y una noches*, etcétera. Shakespeare era la Biblia de nuestra casa, siempre en boca de alguien y en manos de todos. Cuando cumplí seis años me sabía de memoria todas las escenas de Shakespeare.

Al cumplir los seis años, Mohr me regaló mi primera novela: la inmortal *Peter Simple*. A ésta siguió toda una serie de Marryat y Cooper. Y mi padre leía cada uno de los cuentos al mismo tiempo que yo y los discutía seriamente con su hijita. Y cuando esa niña, entusiasmada por los relatos marinos de Marryat, declaró que sería "*Post-Captain*" (fuera lo que fuera lo que esto significara) y consultó a su papá si no podría "vestirse como niño" y "marcharse para unirse a un guerrero" le aseguró que muy bien podría hacerse, sólo que no había que decir nada de ello a nadie mientras los planes no hubieran sido bien madurados. Pero antes de madurar aquellos planes surgió una nueva manía, la de Scott, y la niña se enteró para su horror que ella misma pertenecía, en parte, al detestado clan de los Campbell. Entonces empezaron los proyectos para levantar a los Highlands y revivir a los "cuarenta y cinco". Debo añadir que Scott era un autor al que Marx volvía una y otra vez, al que admiraba y conocía tan bien como a Balzac y a Fielding. Y mientras hablaba de éstos y otros muchos libros mostraba a su hijita, aunque ella no se daba plena cuenta de esto, cómo buscar lo mejor de cada obra, enseñándole —aunque ella nunca pensó que le estaban enseñando, porque se habría opuesto a ello— a tratar de pensar, a tratar de entender por sí misma.

Y de la misma manera, este hombre "amargo" y "amargado" hablaba de "política" y de "religión" con su pequeña hija. Recuerdo perfectamente que, cuando tenía quizás unos cinco o seis años, al sentir ciertas inquietudes religiosas (habíamos ido a una iglesia católica a

oír una bellísima música) se las confió por supuesto a Mohr y entonces él me explicó todo con gran claridad y directamente, de tal modo que desde entonces hasta ahora jamás una duda volvió a cruzar mi mente. Y cómo recuerdo su relato de la historia —no creo que jamás haya sido narrada de esa manera, antes o después— del carpintero a quien mataron los ricos, diciéndome una y otra vez: "Después de todo, podemos perdonar mucho al cristianismo, porque nos enseñó el culto del niño."

Y el mismo Marx pudo haber dicho "Dejad que los niños se acerquen a mí" porque, a dondequiera que iba, aparecían de alguna manera los niños. Si se sentaba en el Heath en Hampstead —un gran espacio abierto en el Norte de Londres, cerca de nuestra antigua casa—, si se sentaba en un banco en algún parque, pronto se veía rodeado de un grupo de niños, que entablaban las más amistosas e íntimas relaciones con aquel hombre corpulento, de largos cabellos y barba, con bondadosos ojos castaños. Niños totalmente desconocidos se le acercaban, lo detenían en la calle... Recuerdo que una vez un pequeño escolar de unos diez años, detuvo sin ninguna ceremonia al temido "jefe de la Internacional" en Maitland Park, pidiéndole que "hicieran cambalache de navajas". Tras una corta y necesaria explicación de que "cambalache" era, en lenguaje escolar, "cambio", los dos sacaron sus navajas y las compararon. La del niño sólo tenía una hoja; la del hombre tenía dos, pero no había duda de que estaban gastadas. Después de larga discusión se llegó a un acuerdo y se intercambiaron las navajas, añadiendo un penique el terrible "jefe de la Internacional", en consideración de lo gastado de sus navajas.

Cómo recuerdo, también, la infinita paciencia y dulzura con que, una vez que la guerra norteamericana y los *Blue Books* desplazaron por el momento a Marryat y a Scott, respondía a todas las preguntas y nunca se quejaba de una interrupción. Y, sin embargo, no debe haber sido pequeña molestia el tener al lado a una niña conversando mientras él trabajaba en su gran libro. Pero nunca permitió que la niña sintiera que estaba molestando. Recuerdo que, por entonces, me sentía absolutamente convencida de que Abraham Lincoln necesitaba urgentemente de mis consejos respecto de la guerra y le dirigía largas cartas

que Mohr, por supuesto, tenía que leer y poner en el correo. Muchos años después me mostró aquellas cartas infantiles, que había conservado porque le habían divertido.

Y así, en los años de mi niñez y mi adolescencia, Mohr fue el amigo ideal. En la casa todos éramos buenos camaradas y él era siempre el más bondadoso y de mejor humor. Aun durante los años de sufrimiento, cuando estaba constantemente enfermo, cuando sufría de carbunclos, aún hasta el final...

He anotado estos recuerdos dispersos, pero estarían incompletos si no añadiera unas palabras acerca de mi madre. No es una exageración decir que Karl Marx no habría sido jamás lo que fue sin Jenny von Westphalen. Jamás las vidas de dos seres —ambos notables— se identificaron tanto, fueron tan complementarias una de otra. De extraordinaria belleza —una belleza que a él le produjo goce y orgullo hasta el final y que había despertado admiración en hombres como Heine y Herwegh y Lasalle—, de una mente y un ingenio tan brillantes como su belleza, Jenny von Westphalen era una mujer como sólo se encuentra una en un millón. De niños, Jenny y Karl jugaron juntos; de jóvenes —él de diecisiete años, ella de veintiuno— se comprometieron en matrimonio y, como Jacobo por Raquel, él hizo méritos por ella siete años antes de casarse. Después, a través de los años de tormentas y dificultades, de exilio, tremenda pobreza, calumnias, dura lucha y esforzada batalla, los dos, con su fiel amiga Héléne Demuth, se enfrentaron al mundo, sin titubear, sin retroceder, siempre en el sitio del deber y del peligro. En verdad pudo decir de ella, con las palabras de Browning:

Es, inmortalmente, mi desposada.

Ni la suerte puede variar mi amor

ni el tiempo deteriorarlo.

Y pienso algunas veces que un lazo casi tan fuerte entre ellos como su devoción a la causa de los trabajadores era su inmenso sentido del humor. No hay duda de que nadie ha gozado más de un buen chis-

te que ellos dos. Una y otra vez —especialmente si la ocasión exigía decoro y compostura—, los he visto reír hasta que las lágrimas corrían por sus mejillas y, aun aquellos inclinados a molestarse por tan terrible ligereza, no podían hacer más que reírse con ellos. Y con cuánta frecuencia los he visto sin osar mirarse mutuamente, sabiendo los dos que si intercambiaban una mirada no podrían contener la risa.

Ver a los dos con los ojos fijos en cualquier otra cosa, para todo el mundo como dos niños de escuela, sofocados de una risa contenida que por fin, a pesar de todos los esfuerzos, habría de estallar, es un recuerdo que no cambiaría por todos los millones que suele decirse que he heredado. Sí, a pesar de todos los sufrimientos, la lucha, las decepciones, era una alegre pareja y el amargado Júpiter Tonante no pasa de ser una ficción de la imaginación burguesa. Y, si en los años de lucha hubo muchas desilusiones, si tropezaron con una extraña ingratitud, tuvieron lo que pocos poseen: verdaderos amigos. Donde se conoce el nombre de Marx se conoce también el de Frederick Engels. Y los que conocieron a Marx en su hogar recuerdan también el nombre de la más noble mujer que haya existido, el honrado nombre de Héléle Demuth.

Para los que estudian la naturaleza humana no parecerá extraño que este hombre, que era tan gran luchador, fuera al mismo tiempo el más bondadoso y gentil de los hombres. Entenderán que sólo podía odiar tan ferozmente porque era capaz de amar con esa profundidad; que si su afilada pluma podía encerrar a un alma en el infierno como el propio Dante era porque se trataba de un hombre leal y tierno; que si su humor sarcástico podía atacar como un ácido corrosivo, ese mismo humor podía ser un bálsamo para los preocupados y afligidos.

Mi madre murió en diciembre de 1881. Quince meses después, él, que nunca se había separado de ella en vida, fue a reunirse con ella en la muerte. Después de la caprichosa fiebre de la vida, los dos reposan. Si ella fue una mujer ideal, él, bueno, él "era un hombre, en todo y por todo, como no espero hallar otro semejante".



WILHELM LIEBKNECHT

MARX Y LOS NIÑOS

Marx, como todos los hombres de naturaleza fuerte y sana, amaba extraordinariamente a los niños. No era tan sólo el padre cariñoso,

capaz de convertirse, durante horas enteras, en un niño entre sus hijos, sino que era el hombre poseído de una atracción magnética hacia los niños extraños, sobre todo hacia los niños abandonados y miserables que encontraba en su camino. Innumerables veces, cuando recorría los barrios pobres, se arrancaba de nosotros, deteniéndose a acariciar la cabecita de cualquier niño, poniéndose en cuclillas, ante el umbral de una casa pobre, y hasta deslizar un penique entre las manos del chiquillo. Marx era desconfiado respecto a los mendigos, pues la mendicidad en Londres ha tomado un carácter profesional; se ha convertido en un oficio, a pesar de que los que lo ejercen no reciban oro, sino monedas de cobre. Al principio, no rehusaba nunca, siempre tenía algo que dar, pero después no fue munificente con mendigos ni mendigas. Guardaba cierto rencor principalmente contra aquellos que trataban de engañarlo mediante la ingeniosa exhibición de sus dolores o de sus enfermedades artificiales. Sentía una verdadera indignación, pues consideraba como una infamia particularmente vil, como una estafa de la pobreza, esta explotación de la piedad humana. A pesar de esto, si se le aproximaba un mendigo acompañado de un niño, Marx estaba perdido sin remedio. Por evidente que se hiciera la malicia en el rostro del mendigo, Marx no era capaz de resistir a los ojos suplicantes del chiquillo. Sentía la más viva simpatía, la más profunda compasión, al encontrarse con el sufrimiento o la debilidad física. Hubiera sido capaz de empeñarse en una lucha a golpes hasta la muerte, cuando un hombre pegaba a su mujer —pegar a las esposas estaba entonces de moda en Londres—. Dada su naturaleza impulsiva, no podía dominarse en tales ocasiones y muchas veces llegó a ponernos en apuros.

Recuerdo que una tarde íbamos en un ómnibus a Hampstead Road, cuando vimos una aglomeración de gente delante de una taberna, de donde salían gritos desesperados: "¡Socorro!... ¡Al asesino!...". Marx saltó precipitadamente del ómnibus, y yo tras él, tratando de detenerlo, pues me parecía imprudente atrapar balas perdidas. Pero no fue posible y en un abrir y cerrar de ojos estábamos en el centro de la multitud. ¿Qué pasaba allí? Lo que pasaba lo vimos demasiado pronto. Una mujer ebria disputaba con su marido, y éste trataba de llevársela a casa; la mujer resistía y gritaba como una endemoniada. Lo mejor era

alejarse, pues no había razón para intervenir: nosotros lo vimos claramente y, mejor aún, la pareja que se golpeaba. Hicieron la paz en un segundo y avanzaron hacia nosotros, que nos hallábamos ya encerrados entre el círculo de la multitud, y nos amenazaron gritando "contra los malditos extranjeros".

La mujer se lanzó furiosa sobre Marx, tratando de prenderse de su magnífica barba negra. Traté de calmar la tempestad, pero en vano. Si no aparecen en este momento dos vigorosos policías, que intervinieron muy oportunamente el campo de batalla, hubiéramos pagado bien cara nuestra tentativa de mediación filantrópica. Tuvimos que agradecer la buena suerte de poder tomar un vehículo, sanos y salvos, y regresar a nuestra casa. Desde entonces, Marx fue un poco más prudente en esta clase de intervenciones.

Sólo después de haber visto a Marx con sus hijos se puede tener una idea de la profunda afección y de la simplicidad de este héroe de la ciencia. En sus ratos desocupados, durante sus paseos, los llevaba consigo y tomaba parte en todos sus juegos, los más divertidos y los más extravagantes. Era un verdadero niño entre los niños. Varias veces hemos jugado a "los caballeros", en Hampstead Heath. Marx cargaba a una de sus hijas sobre los hombros, yo hacía lo mismo con la otra y saltábamos y trotábamos a más y mejor. De vez en cuando nos enzarzábamos en incruentos combates de caballería. Como las dos chicas eran fuertes y recias como muchachos, podían soportar muy bien algunos encontronazos sin llorar.

La sociedad de los niños era una necesidad reparadora, una distracción plena de frescura, para Marx. Cuando sus hijos crecieron unos y murieron los otros, vino el turno de los nietos. Su hija Jenny, casada con Longuet, uno de los proscritos de la Comuna, trajo a la casa de Marx, algunos años después de la insurrección parisiense, varios chicos, unos terribles pilluelos. Jean o Johnny principalmente —que en breve deberá ir como voluntario a hacer "el servicio militar obligatorio" en Francia— era el preferido del abuelo. Podía hacer de éste lo que se le antojara y él lo sabía muy bien. Un día en que me hallaba de visita en Londres, Johnny, que se encontraba también de visita —sus padres lo

enviaban de París varias veces al año— tuvo la peregrina idea de transformar a "Moro" en ómnibus: se acomodó a horcajadas sobre sus hombros y nos promovió a Engels y a mí al rango de caballos del ómnibus. Cuando estuvimos bien atados a los arreos, comenzó una carrera desatentada y salvaje en el pequeño jardín de la casa, detrás de las habitaciones de Marx, en Maitland Park Road. (Tal vez esto ocurrió en casa de Engels, en Regent Park, pues las casas ordinarias de Londres se parecen y sobre todo los jardines, tanto que uno llega a confundirlos. Algunos metros cuadrados de ripio y de césped: encima una capa tan espesa de "nieve negra" londinense, es decir, de copos de hollín, revoloteando aquí y allá, que es imposible distinguir donde comienza el césped y donde termina el ripio : tal es el "jardín" de Londres.)

Se dio la señal de la partida. ¡Arre!... ¡Huée!... Gritos internacionales: alemán, francés, inglés: "Go on!..." "Plus vite!..." "Hurra!...". Y he aquí a "Moro" obligado a galopar hasta que el sudor lo bañaba, y Engels y yo, que apenas tratábamos de ir despacio, recibíamos los latigazos del implacable conductor, que descargaba sobre nosotros, chillando: "¡Eh, caballejo... adelante!". Y esto continuó hasta que Marx, totalmente agotado, tuvo que parlamentar y concluir un armisticio con Johnny.

Era curioso y a veces hasta cómico ver el cambio que sufría Marx. En las conversaciones sobre economía y sobre política no retrocedía y empleaba las expresiones y las interjecciones más agrias y hasta cínicas. Ante las mujeres y en presencia de los niños tenía una delicadeza que muchas institutrices inglesas hubieran podido envidiarle. En los momentos en que la conversación recaía sobre un asunto escabroso, era víctima de una agitación nerviosa, se agitaba en su silla, bastante molesto y llegaba a sonrojarse como una niña de seis años. Nosotros, jóvenes proscritos, éramos un poco petulantes y nos gustaba cantar algunas canciones picantes. Un día, uno de nosotros, que tenía una hermosa voz —cosa rara, pues los hombres políticos, especialmente los comunistas y los socialistas, parecen andar peleados con la musa de la música—, se puso a entonar en casa de Marx la linda canción

Joven, joven compañero..., no muy casta por cierto. La señora Marx no estaba en la sala, de otro modo no habríamos osado; no estaban ni Magdalena ni las chicas, de modo que creímos estar "entre nosotros". Marx comenzó a acompañar cantando, o mejor dicho, gritando con los otros, pero de pronto se agitó en el momento en que se oía ruido en la pieza vecina, ruido que denunciaba la presencia de varias personas. Marx, que seguramente oyó el ruido, se balanceó algunos instantes en su silla, mostrando una gran molestia y luego, levantándose bruscamente, con el rostro casi rojo, murmuró: "¡Silencio, silencio, las chicas!".

Sus hijas eran tan pequeñas que era imposible que la canción *Joven, joven compañero...* pusiera en peligro su pudor. Esto nos dio risa. Marx, confuso, balbuceó que no se tenía el derecho de entonar tales canciones delante de los niños. Desde entonces no volvimos a cantar más el *Joven, joven compañero...* ni otras canciones por el estilo, en casa de Marx. La señora Marx era mucho más rígida aún en lo que a esto concernía. Tenía una mirada que nos detenía la palabra a flor de labios, desde que ella sospechaba la menor falta de delicadeza.

La señora Marx gozaba entre nosotros quizás de mayor autoridad que Marx mismo. "Esa dignidad, esa altivez...", que no era por cierto ajena a la familiaridad, obraba mágicamente sobre nosotros, completamente salvajes e incivilizados, impidiéndonos toda manifestación grosera o inconveniente. Me acuerdo mucho del espanto que causó un día al "lobo rojo" —no hay que confundirlo con el "lobo de prisión", Lupus.¹— Aquel lobo era demasiado miope y se había adaptado muy bien a las maneras parisienses: una tarde encontró en la calle una graciosa silueta femenina y se puso a seguirla. A pesar de sus múltiples rodeos y de sus repetidas vueltas alrededor de ella, la mujer no hizo caso; esto lo alentó tanto que llegó a aproximar su cara hasta el rostro velado... y, a pesar de su miopía, pudo distinguir las facciones, y "el

¹ El "lobo rojo" era Ferdinand Wolf (la palabra alemana Wolf significa "lobo"), colaborador de La Nueva Gaceta Renana. El "lobo de prisión" era Wilhelm Wolf, a quien Marx dedicó El Capital.

diablo me lleve—me decía muy agitado al día siguiente—era la señora Marx, en persona".

"¿Y qué te dijo?"

"Ni una palabra y esta es la desgracia."

"¿Y qué has hecho? ¿Te has excusado?"

"El diablo me lleve... me escapé."

"Pero es necesario que te excuses. La cosa no es tan grave."

Y este diablo de "lobo rojo", famoso por su imperturbable cinismo, no se atrevió a poner los pies en casa de Marx cerca de seis meses, a pesar de que yo le dije que, tanteando el terreno, había conversado con la señora Marx y que ella había estallado en una carcajada, recordando la cara descompuesta y aterrada del "lobo rojo", tan desgraciado en su papel de don Juan.

La señora Marx fue la primera en enseñarme lo que vale el poder educativo de la mujer. Mi madre murió dejándome muy pequeño, tanto que no guardo de ella sino una idea vaga y confusa, y luego siempre viví lejos de toda sociedad femenina, excepto en los primeros años de mi infancia, lo cual indudablemente hubiera contribuido a calmar y pulir mi carácter. Antes de encontrar a la señora Marx no había comprendido el sentido de las palabras de Goethe: "Si quieres aprender exactamente lo que es conveniente, dirígete a las mujeres nobles".

Ella fue para mí, ora Ifigenia que humaniza y educa a los bárbaros, ora Eleonora que da la calma al que se hastía o duda. Fue a la vez una madre, una amiga, una consejera, una confidente. Para mí fue y sigue siendo el ideal de la mujer. Y debo repetirlo hoy: si yo no he fracasado en Londres —física y espiritualmente— es en gran parte gracias a ella. Ella se me apareció como Leucotea al náufrago Odiseo, cuando yo creía hundirme a pique en el océano embravecido de mi miseria de proscrito, dándome el valor de volver a la superficie.

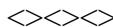
. . .

Nadie más generoso y justo que Marx en dar a los otros lo que les

correspondía. Era demasiado grande para ser envidioso, celoso o vano. Pero sentía un odio mortal por la falsa grandeza y presunta fama, llena de incapacidad y vulgaridad fanfarronas, a la par que por lo falso y pretencioso.

De todos los hombres, grandes, pequeños o medianos que he conocido, Marx es uno de los pocos libres de vanidad. Era demasiado grande y demasiado fuerte para ser vanidoso, y demasiado orgulloso también. Nunca tuvo una pose, siempre fue él mismo. Era tan incapaz como un niño de llevar una máscara o de fingir. Salvo cuando motivos sociales o políticos así lo aconsejaban, siempre hablaba con toda claridad y sin reservas y su rostro era espejo de su corazón. Y, cuando las circunstancias exigían reserva, mostraba una especie de timidez infantil que a menudo divertía a sus amigos.

Jamás ha habido un hombre más veraz que Marx, era la verdad encarnada. Sólo con mirarle sabía uno con quien trataba. En nuestra «civilizada» sociedad con su perpetuo estado de guerra no siempre puede uno decir la verdad, pues sería convertirse en juguete del enemigo o exponerse a la proscripción social. Mas, si a menudo no es aconsejable decir la verdad, no siempre es necesario decir una falsedad. No siempre debo decir lo que pienso o siento, pero eso no significa que deba decir lo que no siento o pienso. Lo primero es sabiduría, lo otro hipocresía. Marx jamás fue hipócrita. Era absolutamente incapaz de ello, al igual que un niño no maleado. Su mujer le llamaba a menudo «mi niño grande», y nadie, ni siquiera Engels, le conoció o comprendió mejor que ella. En efecto, cuando se hallaba en lo que generalmente denominamos sociedad, donde todo se juzga por las apariencias y uno debe hacer violencia a sus propios sentimientos, nuestro «Moro» era como un gran muchacho y podía azorarse y sonrojarse como un niño.



WILHELM LIEBKNECHT

POR LOS CAMPOS Y LOS ERIALES

¡Oh nuestras excursiones en Hampstead Heath! Si viviese mil años no las olvidaría nunca. El erial de Hampstead —que se extiende al otro lado de la colina de Primrose— ha sido revelado al mundo extraordinario gracias al Pickwick de Dickens. Hoy es todavía un rincón pintoresco, casi inhabitado, sembrado de retamas espinosas y de oasis de árboles, con chalets y montañas en miniatura, por donde uno puede

vagar a su gusto sin el temor de ser prendido por los guardianes de la sacrosanta propiedad y de ser conducido a una prisión acusado del delito de trespassing o introducción en el dominio de otro. Todavía hoy, Hampstead Heath es el paseo favorito de los londinenses. Los domingos, si hace buen tiempo, puede verse allí una multitud de hombres vestidos de negro y de mujeres vestidas de colores claros, ir de un lado a otro. Las mujeres, principalmente, tienen una predilección particular en poner a prueba la paciencia de los asnos y de los caballos de silla, bastante sufridos en general.

Hace cuarenta años, el erial de Hampstead era mucho más grande de lo que es hoy, y parecía más salvaje, más "natural". Nuestro mayor placer era ir a pasar allí el domingo; los niños hablaban del paseo toda la semana y nosotros, jóvenes y viejos, lo esperábamos con alegría. El viaje a Hampstead Heath constituía, por sí solo, una fiesta. Las chicas caminaban sin la menor fatiga, como gatos.

Desde Deanstreet, donde vivían los Marx —esta calle se encontraba a algunos pasos de Churchstreet, donde vivía yo— hasta Hampstead Heath había unos buenos cinco cuartos de hora. Generalmente nos poníamos en marcha a las once de la mañana.

Casi siempre nos retrasábamos, pues en Londres no se tiene la costumbre de levantarse temprano; además, los preparativos de toda clase, comenzando por el arreglo de los chicos y la preparación minuciosa del fiambre y de las provisiones, exigían algún tiempo.

¡Oh, aquel fiambre!... Lo veo "con los ojos del espíritu" delante de mí, o, mejor dicho, agarrado a mí mismo, tan atrayente, tan apetitoso como lo había contemplado ayer, en manos de Lenchen. Era todo un bazar de alimentación. Cuando se trata de estómagos sólidos y sanos y cuando los bolsillos están desprovistos de la moneda indispensable (en general no se podía hablar entonces de muy fuertes sumas) la cuestión alimenticia comienza a desempeñar un papel de la mayor importancia. La noble Lenchen lo sabía bien. Ella, tan llena de compasión por nosotros, frecuentemente agotados por las privaciones y, por consiguiente, huéspedes continuamente hambrientos.

Un enorme pedazo de ternera constituía la comida de resistencia, destinada por la tradición para los paseos de Hampstead ; una cesta de dimensiones desconocidas en Londres, que Lenchen se había traído desde Tréveris, encerraba el precioso tesoro. Llevábamos té, azúcar, a veces fruta. El pan y el queso lo comprábamos en la pradera misma. Allí, como en los café-jardines de Berlín, se podía obtener vajilla, agua caliente, leche, y también pan, queso, mantequilla, cerveza, cangrejos de río y de mar. Nuestras compras se ampliaban según las necesidades y según el capital disponible. Siempre se podía conseguir cerveza, salvo en un corto período en el que una banda de aristócratas tartufos, que amontonaban en sus casas y en sus clubs todos los licores del mundo, y haciendo de todos los días del año una fiesta perpetua, trataron, mediante la prohibición de vender cerveza, de empujar a "la plebe" por el camino de la virtud y de las buenas costumbres. Pero el pueblo londinense no entiende de bromas cuando se trata de su barriga. El primer domingo que siguió a la promulgación de la ordenanza, se trasladó por centenas de millares al Hyde Park y lanzó, sobre los piadosos aristócratas de ambos sexos que se paseaban en coche o a caballo, un Go to church! (¡vaya a la iglesia!) tan irónico y formidable, que los virtuosos caballeros y las bellas damas se fueron espantados; el domingo siguiente no fue ya un cuarto de millón, sino medio millón de voces las que lanzaban los Go to church! más temibles. Cuando llegó el tercer domingo, el bill había sido anulado.

Nosotros, los desterrados, sostuvimos con todas nuestras fuerzas esta "revolución eclesiástica" y Marx, que se metía con la más grande facilidad en estas cosas, se escapó de ser arrestado por un policeman: felizmente su elocuente defensa de la necesidad de la cerveza llegó a ablandar al inflexible guardia de la ley.

El triunfo de la hipocresía, como he dicho, no duró largo tiempo, así que, después de este breve interregno, pudimos deleitarnos ante la perspectiva de una bebida refrescante, tomada en plena marcha sobre el camino casi completamente desprovisto de sombra, que conduce a Hampstead.

El recorrido se efectuaba en el orden siguiente: yo formaba la van-

guardia, con las dos chiquillas, contándoles una serie de historias o haciendo gimnasia o recogiendo flores campestres, que eran menos raras que hoy. Seguían algunos amigos y el grueso del ejército venía detrás: Marx, su mujer y algún invitado del domingo a quien había que prodigar una atención especial. Lenchen formaba la retaguardia, con el huésped más hambriento que le ayudaba a llevar la cesta. Cuando éramos muchos la compañía se dividía en dos columnas; este orden de marcha se modificaba según el humor o la necesidad. Llegados a Hampstead, buscábamos un lugar que sirviera de campamento para tomar el refrigerio, y después, ya reconfortada, la compañía buscaba un sitio apropiado para el reposo. Una vez fijada la elección, cada uno o cada una (a menos que no se prefiriese hacer la siesta) sacaba el periódico del día, comprado en el camino, y se hundía en la lectura o en la discusión de asuntos políticos; las chicas, que habían hecho amistades rápidamente, se entretenían jugando al escondite, entre las matas de retama.

Por dichosa que sea la vida, siempre es necesaria la diversidad. La lucha, las carreras, el lanzamiento de piedras, sucedía a nuestras conversaciones y a nuestras lecturas. Un día descubrimos un castaño cubierto de frutos maduros. "Vamos a ver quién tira mayor número de castañas", gritó uno de nosotros; todos nos pusimos al trabajo lanzando hurras ; "Moro" no era el menos encarnizado, pero, por desgracia, la puntería le fallaba y las castañas no caían; sin embargo, se mostró tan infatigable como los otros. El bombardeo no cesó hasta que la última castaña cayó al suelo, en medio de gritos salvajes de triunfo. Durante ocho días Marx no pudo mover el brazo derecho; yo no había quedado en mejores condiciones.

El paseo en burro era el placer supremo. Era una locura de risa y de alegría. ¡Cuántas escenas graciosísimas! ¡Cómo nos divertía Marx divirtiéndose él mismo! Cómo nos divertía doblemente por su talento ecuestre, completamente rudimentario, y por la testarudez que ponía en mostrarnos sus habilidades. Toda su ciencia provenía de algunas lecciones de equitación que había tomado siendo estudiante. Engels decía que no habían sido más de tres. Además, como práctica, en cada

visita a Engels, a Manchester, Marx cabalgaba en un paciente Rocinante, probablemente nieto de la digna yegua, regalo del difunto Fritz al buen Hellert.

El regreso de Hampstead era siempre alegremente escandaloso, a pesar de que la perspectiva del porvenir no tenía nada de alegre, en comparación con lo que dejábamos detrás.

El buen humor que reinaba entre nosotros era el mejor antídoto contra la melancolía, que por mil razones debía invadirnos. La triste vida de los desterrados se olvidaba: si cualquiera entonaba una canción, se le recordaba inmediatamente el deber de un hombre de buena compañía.

El orden de marcha del regreso era diferente del de la ida. Los niños se arrastraban penosamente a la retaguardia. Lenchen, libre ya de su pesado fardo, marchaba a su lado con la cesta vacía.

Habitualmente se cantaba durante todo el camino; casi siempre se entonaban canciones populares, sentimentales (muy rara vez canciones políticas) y alguna vez también —y esto es la pura verdad— canciones patrióticas. Así, por ejemplo, *¡Oh, Estrasburgo, Estrasburgo, ciudad maravillosa!*, gozaba de particular predilección.

A veces los niños cantaban canciones negras, bailando, si es que sus piernas se lo consentían. Estaba terminantemente prohibido hablar de política durante el camino; tampoco hablábamos de nuestras vicisitudes. En cambio se conversaba sobre literatura y sobre arte: aquí Marx tenía oportunidad de mostrarnos su memoria prodigiosa : declamaba enormes tiradas de la Divina Comedia, obra que conocía casi completamente de memoria; recitaba escenas íntegras de Shakespeare, frecuentemente secundado por su mujer, quien conocía también profundamente a este autor. Y cuando se encontraba en un estado especial de exaltación, imitaba a Seidelmann en el papel de Mefistófeles. Marx admiraba mucho a este artista a quien había oído en Berlín, cuando aún era estudiante; Fausto era la obra poética que le agradaba más dentro de todas las de la literatura alemana. No diré que Marx declamara muy bien —forzaba algo demasiado—, sin embargo, acentuaba siempre con un gran gusto y tenía la virtud de hacer resaltar el sentido

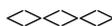
de la frase; en una palabra, impresionaba con gran fuerza. El efecto cómico producido por las primeras frases, emitidas con demasiada fuerza, se borraba desde el momento en que se veía que Marx había comprendido profundamente el papel del actor y entonces llegaba a la perfección.

Jenny, la mayor de las dos chicas (Tussy, es decir, Eleonora, que fue más tarde la señora Marx de Aveling, no había nacido todavía en aquel entonces) era el vivo retrato de su padre, los mismos ojos negros, la misma frente. La chiquilla tenía a veces éxtasis proféticos; entraba en trances como la pitonisa: a través de sus ojos pasaban resplandores ardientes y se ponía a declamar de una manera casi siempre extraordinaria y fantástica. Un día, cuando regresábamos de Hampstead, atravesó uno de sus trances e improvisó en verso algo sobre la vida de las estrellas. La señora Marx, que había perdido ya varios hijos, se conmovió profundamente, pues le pareció que la precocidad de la pequeña era indicio de una enfermedad. "Moro" la tranquilizó; por mi parte le llamé la atención sobre el hecho de que la pitonisa, una vez terminado su éxtasis profético, saltaba en medio de una risa alegre, respirando salud por todos los poros. Sin embargo, Jenny murió joven, pero su madre no tuvo el dolor de sobrevivirla.

Conforme las niñas crecían, cambiaba el carácter de nuestras excursiones dominicales; a pesar de esto nunca sentimos la tristeza de pasearnos sin niños: siempre se renovaban los retoños y la aparición de los nuevos calmaba nuestros cuidados.

Marx perdió varios hijos, entre ellos dos varones; el uno, nacido en Londres, murió casi en seguida; el otro, nacido en París, falleció después de una larga enfermedad crónica: la muerte de este último fue un terrible golpe para Marx. Recuerdo aún las tristes semanas de aquella enfermedad, sin esperanza de curación. El chiquillo se llamaba Edgar, en recuerdo de su tío, pero era más conocido por nosotros con el sobrenombre de "Mosco; manifestaba gran inteligencia, pero desgraciadamente era muy enfermizo: el pobre pequeñito tenía dos ojos espléndidos y una cabeza que prometía mucho, pero que parecía demasiado pesada para su cuerpo raquíico. Si el pobre "mosquito"

hubiera podido recibir cuidados constantes, a la orilla del mar o en el campo, tal vez se habría salvado; pero la vida errante, los viajes continuos y forzados, la existencia miserable que sobrellevó en Londres, no eran nada apropiados para preservar y proteger aquella frágil naturaleza en la lucha por la vida; el tierno amor de sus padres y los cuidados infinitos de su madre, fueron impotentes. "Mosco" murió. Nunca olvidaré esta escena... La madre abismada en un dolor mudo, inclinada sobre el cadáver de su hijo; Lenchen, de pie, muy cerca, sacudida por los sollozos; Marx víctima de una terrible excitación, rehusando duramente, casi con hostilidad, todo consuelo; las dos chiquillas, llorando dulcemente y estrechándose contra su madre. La madre, hundida en el dolor, anudaba convulsivamente sus brazos alrededor de las dos criaturas, como si hubiera querido fundirlas con ella y protegerlas contra la muerte que acababa de arrebatarle a su hijo...



FRIEDRICH LESSNER

RECUERDOS DE UN OBRERO SOBRE KARL MARX ¹

Después de la muerte de nuestro gran campeón han escrito mucho sobre él, sobre su vida y su obra, tanto sus partidarios como sus enemigos.

¹ Escrito en marzo de 1893.

Pero los autores de estos escritos, en su mayor parte, no serían — como dicen los trade-unionistas británicos— obreros *bona fide*; pertenecen más bien, por su origen y su condición social, a la denominada clase media.

Creo, pues, que no estará mal que, con ocasión del décimo aniversario de la muerte de nuestro gran campeón y en mi calidad de caballero plebeyo de la aguja, recoja algunos recuerdos del tiempo en que tuve oportunidad de tratar a Marx personalmente, que, destinados a mis jóvenes camaradas, tendrían por finalidad definir la impresión que entonces hizo Marx en mí y en otros, completando así el cuadro de su vida.

En la época en que oí hablar de Marx por primera vez y en que vi su nombre en la *Deutsche Brüsseler Zeitung* (Gaceta Alemana de Bruselas),¹ hacia 1845, más o menos, yo era demasiado joven. Me comencé a familiarizar con sus enseñanzas desde 1847, cuando se discutió y se adoptó el *Manifiesto comunista*. Entonces yo trabajaba en Londres y formaba parte del Club Comunista de Educación, que había establecido su local en el 191, Drury Lane. A fines de noviembre y a principios de diciembre de 1847, se realizó allí una conferencia del comité central de la Liga de los Comunistas, en la que tomaron parte, haciendo un viaje especial desde Bruselas,² Karl Marx y Friedrich Engels, con el fin de exponer ante los miembros del comité central sus puntos de vista sobre el comunismo moderno y sus relaciones con el movimiento obrero. Las reuniones se celebraban en la noche y no asistían a ellas sino los delegados. Yo no era delegado, pero estaba al corriente de todo lo que pasaba y seguía con muchos otros el curso de los debates, esperando siempre impaciente el fin de las discusiones. Así nos enteramos que, después de prolongados debates, el congreso se había pro-

¹ La *Deutsche Brüsseler Zeitung* se fundó en Bruselas el 1 de enero de 1847, por Bornsted ; en ella colaboraron Marx y Engels, así como Mazzini.

² Marx vino de Bruselas, donde residía después de su expulsión de Francia, y Engels vino de París, representando a los grupos alemanes establecidos en esta ciudad. Creemos que hay un error de parte de Lessner cuando habla de una conferencia de miembros del comité central de la Liga de los Comunistas. La reunión a que alude se trataba, con seguridad, de un congreso general

nunciado unánimemente en favor de los principios expuestos por Marx y Engels y que se les había encargado de redactar y publicar un manifiesto en este sentido. Yo contribuí con mi modesto concurso a la publicación de este documento histórico. Cuando algún tiempo después, en 1848, el manuscrito llegó a Londres, yo lo llevé a la imprenta, y luego sacaba las pruebas y las entregaba a Karl Schapper, fundador del Grupo Comunista de Educación, que era el encargado de corregirlas.

Después de la revolución de febrero, en 1848, apareció en Colonia *La Nueva Gaceta Renana*, redactada por Karl Marx y por Friedrich Engels con la ayuda de algunos miembros de la Liga de los Comunistas y de demócratas de izquierda. Me fui entonces a Colonia, a fin de ayudar a mis camaradas en la propaganda, haciendo todo lo que estaba a mi alcance. Yo distribuía *La Nueva Gaceta Renana* en todos los talleres donde trabajaba y frecuentemente, durante el trabajo, daba lectura a algunos artículos que suscitaban casi entre todos un gran entusiasmo. Posteriormente, el gobierno prusiano intentó una docena de procesos a *La Nueva Gaceta Renana*, y al fin, en 1849, el diario fue suspendido y Marx expulsado de Colonia. Al poco tiempo yo sufría la misma suerte y en 1851 se me arrestaba en Maguncia. Se me tuvo más de dos años en prisión preventiva y en el famoso proceso de los comunistas de Colonia ¹ fui condenado a tres años de fortaleza, pena que cumplí en Graudenz y en la frontera de Silesia, Silberberg.

Marx, desde Londres, hizo durante el proceso todo lo que pudo para salvarnos, pero sus esfuerzos y los de sus amigos no pudieron nada contra las declaraciones del comisario de policía Stieber y de otros salvadores del estado, contra los prejuicios del jurado y, desgraciadamente, debo declararlo, contra las bellaquerías de algunas gentes de las que se quiso hacernos responsables.

Sólo llegué a trabar amistad con Marx después que salí de la fortaleza, en 1856, y me dirigí a Londres. Entonces, Marx había salido con sus

¹ El 12 de noviembre de 1852, Lessner, detenido en 1851, no estuvo, pues, "más de dos años" en prisión preventiva.

amigos del grupo comunista de Londres, pues los fautores de revoluciones, dirigidos por Willich, lo tenían en sus manos. Tras la expulsión de Kinkel, uno de los partidarios de Willich, fui a pedir y obtuve de Marx que regresara al grupo a fin de dar algunas conferencias sobre cuestiones políticas y económicas.

Marx y otros camaradas, entre ellos Liebknecht,¹ reingresaron al grupo.² En la primavera de 1859 fundamos el diario *El Pueblo* para luchar contra el periódico *Hermann*, creado por Kinkel, quien durante la guerra italiana defendía a Bonaparte. Solicitamos la colaboración de Marx y obtuvimos la publicación de algunos artículos muy interesantes sobre la actitud de Prusia y hasta su ayuda económica mediante la colecta que hizo entre sus amigos para sostener nuestro periódico. En el curso de este año apareció el primer tomo de la *Crítica de la economía política* y al año siguiente Marx dio a luz su opúsculo titulado *Herr Vogt*, en el cual desenmascara las actividades bonapartistas de este señor y de sus "patronos y cómplices". Este folleto, publicado en respuesta a las infames calumnias propagadas por Vogt y sus amigos, contiene importantes materiales sobre la historia de la emigración de 1848 y una preciosa exposición de las intrigas diplomáticas de los gabinetes europeos.

Cuando se fundó la Internacional, en 1864, tomé parte activa en su fundación y fui elegido miembro del consejo general. Esta circunstancia hizo que yo estrechase más aún mis relaciones con Marx, quien, por otra parte, daba una gran importancia al contacto y a las conversaciones con los obreros. En todo momento se esforzó por conocer la opinión de los obreros sobre el movimiento. Siempre estaba dispuesto a discutir con ellos las cuestiones políticas y económicas, por impor-

¹ Wilhelm Liebknecht, padre de Karl Liebknecht.

² Marx salió tirando las puertas del comité central de la Liga de los Comunistas, el 15 de septiembre de 1850. La sede se trasladó entonces a Colonia, lo que provocó una escisión en la Liga. Hubo, durante algún tiempo, dos comités centrales : el uno en Colonia, la fracción de Marx, y el otro en Londres, la fracción de Willich-Schapper. No hay que confundir la Liga con el Grupo Obrero Alemán de Londres, al que Marx regresó más tarde, a instancias de Lessner. Cuando Lessner salió de la prisión, en 1856, hacía cuatro años que la Liga de los Comunistas no existía.

tantes que fuesen, y se daba cuenta rápidamente si se comprendían con claridad estas cuestiones. Su alegría era grande si llegaba a comprobar esto. Después que se inauguró la Internacional, Marx no faltó nunca a las sesiones del consejo general. Pronto tomamos la costumbre, Marx y la mayor parte de los miembros del consejo, de dirigirnos a un café a fin de poder discutir sin molestias, delante de un vaso de cerveza. Al regreso, casi siempre, Marx nos hablaba de la jornada normal de trabajo, sobre todo de la jornada de ocho horas, reivindicación por la que hacíamos ya una gran propaganda en 1866 y que se hallaba inscrita en el programa de la Internacional, desde el congreso de Ginebra, celebrado en septiembre de 1866. "Reclamamos la jornada de ocho horas —decía con frecuencia Marx— pero nosotros trabajamos a menudo más del doble en las 24 horas." Así era en efecto, pues trabajaba desgraciadamente de una manera excesiva. Quien no lo haya visto, no puede tener una idea de lo que le ha costado, en tiempo y energía, la Internacional. Y, además, debía ganarse la vida y pasar largas horas en el Museo Británico, recogiendo materiales para sus estudios históricos y económicos. Al regresar del museo a su casa, situada al norte de Londres, Maitland Park Road, Haverstock Hill, entraba casi siempre a la mía, que se hallaba cerca de la biblioteca, y discutía cualquier cuestión relacionada con la Internacional. Tan pronto como llegaba a su casa, comía, descansaba un poco y se entregaba de nuevo al trabajo, que prolongaba a menudo, demasiado a menudo, hasta muy tarde de la noche, muchas veces hasta la mañana; además, no hay que olvidar que sus ratos de reposo se los robaban las visitas de los camaradas.

La casa de Marx estuvo abierta para todos los compañeros; nunca olvidaré las horas agradables que he pasado yo y otros en compañía de su familia. ¡Cómo brillaba allí la incomparable señora Marx! Alta, de apariencia distinguida, de una rara belleza, pero tan extraordinariamente buena, amable y espiritual y tan desprovista de todo orgullo, de toda displicencia, que uno se sentía en casa de ella como al lado de una madre o de una hermana. Toda ella hacía evocar los versos del poeta popular escocés, Robert Burns: "Doman, lovely woman, heaven destined you to temper man" (mujer, encantadora mujer, el cielo te ha destinado para suavizar al hombre). Plena de entusiasmo por el movi-

miento obrero, se sentía transportada de alegría ante cada victoria obtenida en la lucha contra la burguesía.

Las hijas de Marx estaban acostumbradas, desde niñas, a sentir un profundo interés por el movimiento obrero. Y se explica, pues éste era el principal tema de conversación en casa de Marx, y las relaciones entre él y sus hijas eran lo más tiernas y libres que se puede imaginar. Sus hijas lo trataban como se trata a un hermano o a un amigo, pues Marx desdeñaba todos esos atributos exteriores de la autoridad paterna. Era el camarada de sus hijos cuando tenía tiempo de jugar con ellos, y en los asuntos serios era su consejero. Decía que lo que más le gustaba del Cristo de la Biblia era su amor por los niños. Cuando no tenía nada que hacer en la calle y se iba de paseo por Hampstead Heath, podía verse con frecuencia al autor de *El Capital* jugar a la ronda con una banda de pilluelos.

Marx apreciaba siempre todo esfuerzo sincero y toda posición independiente; como todos los hombres verdaderamente superiores, estaba desprovisto de vanidad. Ya he dicho que tenía inmenso interés por la opinión de los más simples obreros y que venía con frecuencia a mi casa por las tardes y me llevaba a pasear y a discutir toda clase de cuestiones. Naturalmente, yo lo dejaba hablar tanto como era posible, pues se experimentaba un gran placer escuchándolo y viendo cómo desenvolvía sus ideas, y su conversación me apasionaba de tal modo que lo dejaba con pena. Era un compañero tan agradable que atraía y encantaba, podría decir, a todo el que se le aproximaba. Tenía una risa cordial y una ironía que respiraba franqueza. Cuando se tenían noticias del éxito de nuestros camaradas en un país cualquiera, manifestaba su alegría en la forma más bullanguera, arrastrando con él a todos los que lo rodeaban. ¡Y se alegraba tanto del más insignificante éxito electoral de nuestros camaradas de Alemania, de toda huelga ganada, como se hubiera alegrado hoy de las manifestaciones monstruosas de mayo último!

En cuanto a los ataques de sus adversarios, no hacía sino reír y había que ver con qué ironía, con qué sarcasmo hablaba de ellos. Manifestaba una perfecta indiferencia respecto a sus obras publicadas. Cuando

yo le hablé de sus obras, me dijo: "Si quieres tenerlas, vete a ver a Lassalle, él las ha coleccionado todas. Yo no tengo ni un ejemplar". Y esto era cierto: muchas veces vino a mi casa a pedirme prestado cualquiera de sus libros de los que él no conservaba ni un solo ejemplar.

Las masas no conocieron, por mucho tiempo, una gran parte de las obras de Marx. Aun actualmente no son suficientemente apreciadas, sobre todo las que escribió antes de la revolución de 1848 y algunos años después, a causa de que la difusión en aquella época no podía hacerse sino a costa de grandes dificultades, y hasta las otras obras son poco conocidas del gran público. Marx nunca hizo ruido alrededor de sus libros.

Resulta bastante cómico, para quienes han trabajado desde el principio con Marx y Engels, oír decir que el movimiento obrero actual arranca de la fundación de la Asociación General de los Trabajadores Alemanes (Allgemeine Deutsche Arbeiterverein).¹ Esta organización sólo fue fundada en 1863, es decir, cuando Marx y Engels trabajaban ya, con otros, desde hacía más de veinte años. Naturalmente que no digo esto contra Lassalle, a quien he visto actuar en 1848 y 1850. Siempre he estimado su gran fuerza y reconozco la influencia que tuvo su acción, gracias a la cual el movimiento dio un gran paso adelante. La última vez que le vi fue en octubre y noviembre de 1852, cuando el proceso de Colonia, donde asistía en calidad de espectador; en sus frecuentes visitas a Londres, no logré verlo. Nunca vino a nuestro grupo y en casa de Marx no tuve la ocasión de encontrarme con él.

Un día de los primeros de octubre de 1868,² Marx me contó con gran satisfacción que el primer volumen de *El Capital* había sido traducido al ruso y que se estaba imprimiendo en San Petersburgo. Su alegría se explica por la gran importancia que dio siempre al movimiento ruso de aquella época y por la estimación que profesaba a los hombres que realizaban allá tantos sacrificios por el estudio y la difusión de obras

¹ . Fundada por Lassalle en 1863.

² Cuatro o cinco años más tarde (hacia 1873) *El Capital* fue traducido al ruso por Hermann Lopatine.

teóricas y por la comprensión de las ideas modernas. La llegada del ejemplar ruso de San Petersburgo fue celebrada por él, su familia y sus amigos.

Ante cada derrota de los obreros en la lucha contra la clase explotadora, Marx tomaba la defensa de los vencidos, respondiendo a los ataques de los adversarios con una energía incomparable. Así sucedió después de las jornadas de junio de 1848, en París; después del fracaso de la revolución en Alemania, en 1848; después del aplastamiento de la Comuna, en 1871, precisamente cuando los reaccionarios del mundo entero y hasta una gran parte de los obreros atrasados atacaban con violencia brutal a los defensores de la Comuna, masacrados y perseguidos. El manifiesto del consejo general de la Asociación Internacional de Trabajadores, La guerra civil en Francia, muestra con qué fuerza y con qué energía lo hizo. ¡Es tan cierto aquello de que en el momento de la derrota es cuando se conoce a los verdaderos amigos!

Fracasada la Comuna, la actividad que desplegaba en el seno de la Internacional fatigaba cada vez más a Marx y le procuraba cada vez menos satisfacción. Toda revolución arrastra a la superficie, junto a la masa de bravos combatientes, una cantidad de elementos indeseables, aventureros de toda especie que buscan obtener un provecho personal, en una u otra forma. Entre los refugiados de la Comuna había muchos de éstos, que como no lograban obtener lo que buscaban aprovechaban toda oportunidad para provocar discusiones. A esto vinieron a añadirse las disensiones entre los mismos comunistas. blanquistas, proudhonistas, autonomistas, anarquistas y todos los otros "istas" posibles e imaginables se tiraban de los cabellos a cada momento y hasta llegaron a hacer penetrar tales discusiones en el seno del consejo general de la Internacional, donde se desarrollaron sesiones tempestuosas. Marx luchaba con grandes dificultades a fin de hacer razonar a estas gentes. Es imposible describir la paciencia de que dio pruebas en tales circunstancias. Sin embargo, algunas veces los absurdos puntos de vista y los planes ineptos de los comunistas lo sacaban fuera de sí. Los más exaltados y los más difíciles de razonar eran los blanquistas: tenían la revolución en el bolsillo y distribuían sentencias de

muerte a derecha e izquierda.

Hasta aquí todo esto era un tanto cómico. Pero las disensiones entre los franceses repercutieron entre los representantes de los otros países. Se añadieron las intrigas de Bakunin. Las sesiones de High Holborn, donde se reunía entonces el consejo general, se convirtieron en las más agitadas y tempestuosas que puede concebirse. Diferencia de idiomas, de temperamentos, de concepciones... todo un trabajo de gigante para sobrepasar esta etapa. Quienes acusan a Marx de intolerante no se han dado cuenta de cómo sabía tratar a las gentes, ponerse a su nivel y convencerlos de la falsedad de sus razonamientos.

En mi opinión y desde cierto punto de vista, todo revolucionario debe ser intolerante. Creo que Marx ha hecho un enorme servicio al movimiento, haciendo todo lo posible para alejar de la Internacional a los elementos ambiciosos o dudosos. En efecto, al comienzo, la Internacional veía afluir a su seno toda clase de individuos equívocos, como el pastor ateo Bradlaugh. Sólo gracias a Marx se pudo convencer a esta gente que la Asociación Internacional de Trabajadores no era un almácigo de sectas religiosas.

Marx tuvo la satisfacción de ver casadas a sus dos hijas mayores, Jenny y Laura, con dos excelentes camaradas. Jenny se casó con Charles Longuet y Laura con Paul Lafargue. Ni él ni su mujer tuvieron la alegría de asistir al matrimonio de la hija menor, Eleonora, casada con un socialista de gran valor, el doctor Edward Aveling.¹ ¡Con qué solicitud habría seguido la propaganda hecha por sus hijos en favor de la clase obrera! ¡Con cuánta alegría habría saludado los triunfos enormes alcanzados durante los últimos diez años por el movimiento obrero!

Su hija mayor, que poseía todas las cualidades de su madre, murió en 1882. Este golpe cayó sobre Marx en la época más dura y decisiva de su vida. Hacía un año tan sólo, el 2 de diciembre de 1882, que había

¹ Este matrimonio estuvo muy lejos de ser dichoso. Desengañada, desesperada, Eleonora Marx Aveling se suicidó el 31 de marzo de 1898, a los 42 años de edad.

perdido a su valiente compañera. Marx se inclinó doblegado para no alzarse más. En aquella época sufría una tos perniciosa; cuando se le oía toser parecía que aquel cuerpo alto y robusto iba a estallar en pedazos. El prolongado exceso de trabajo a que había sometido su cuerpo, minó su constitución que la tos agotaba más fácilmente. En 1875 tuvo que hacer un enorme sacrificio: fumador impenitente se vio obligado a dejar el tabaco por prescripción estricta del médico. La primera vez que hablé con él después de esta prohibición, me contaba que había cesado de fumar, hacía tantas semanas y tantos días; él mismo no comprendía cómo podría abstenerse siempre de chupar el cigarro. Es fácil comprender la inmensa alegría con que recibió el permiso del médico para fumar un cigarrillo diario.

Todo el mundo está de acuerdo en que Marx murió demasiado pronto. Hacía tiempo que su salud preocupaba a sus amigos, pues Marx no supo cuidarla, entregándose apasionadamente a sus trabajos científicos o al movimiento obrero. Era imposible ejercer la menor influencia sobre él, en este sentido. Ni sus amigos, ni los miembros de su familia podían nada. ¡Qué cúmulo de conocimientos se han ido con él a la tumba! Para convencerse es preciso conocer sus escritos póstumos, los que, con todo, no contienen la décima parte de lo que pensaba escribir. Esos preciosos escritos póstumos que nos quedan son una fuente inagotable.

Y esperemos algo más. No es pequeña, por cierto, la satisfacción que experimentamos al ver que el más antiguo y el mejor de los amigos de Marx, Friedrich Engels, se encuentra entre nosotros; sano de espíritu y robusto de cuerpo, Engels nos dará a conocer todavía muchos de los trabajos de Marx.

Al mismo tiempo que Marx nos ofrece, aun muerto, una fuente de nuevos conocimientos, de nuevas ideas, sus enseñanzas se extienden más y más entre el proletariado: en él se inspira el movimiento obrero de todos los países. La consigna formidable lanzada por Marx: "Proletarios de todos los países, ¡uníos!", no ha podido ser realizada sino merced a la base científica que él dio a esta unión. La Internacional, de la que fue el alma, ha resucitado, más fuerte, más poderosa que la

primera. La bandera alrededor de la cual se agrupan los batallones obreros del mundo entero es la bandera que Marx tremoló en 1848, la misma que él sostuvo durante toda una generación, a la cabeza del proletariado revolucionario. Y a la sombra de esta bandera el proletariado contemporáneo marcha de victoria en victoria.



H. M. HYNDMAN

La primera impresión de Marx cuando le vi fue la de un anciano poderoso, peludo, indomable, dispuesto, por no decir deseoso, a entrar en conflicto y más bien a la espera de un ataque inmediato.

Cuando con irritada indignación se refirió a la política del Partido Liberal, en especial con relación a Irlanda, los pequeños y hundidos ojos del viejo guerrero se encendieron, sus pesadas cejas se juntaron, la ancha y fuerte nariz y el rostro se agitaron por la pasión, y lanzó un

chorro de vigorosas denuncias, que revelaban a la par el fuego de su temperamento y el maravilloso dominio de nuestra lengua. El contraste entre su comportamiento y modo de hablar cuando la cólera le irritaba profundamente y su actitud cuando emitía opiniones sobre los acontecimientos del período era muy marcado. Sin aparente esfuerzo cambiaba del papel de profeta y acusador vehemente al de tranquilo filósofo, y yo sentí desde el primer momento que, en cuanto a este último aspecto, tendrían que transcurrir muchos años antes de que yo dejara de ser un estudiante en presencia de un maestro.

H. M. Hyndman, *Record of an adventurous life*, Londres, 1911, pp. 269 s.



M. BAKUNIN

Nos veíamos el uno al otro muy a menudo, y yo le admiraba mucho por sus conocimientos y por su entrega apasionada y seria a la causa del proletariado, aunque siempre hubiera mezclado en ello algo de vanidad personal; y yo deseaba vivamente su conversación, que era instructiva e ingeniosa cuando no venía inspirada por el despecho, lo que, desgraciadamente, sucedía muy a menudo. Nunca hubo, sin embargo, intimidad real entre nosotros. Nuestros temperamentos no armonizaban. Me llamaba idealista sentimental; y estaba en lo cierto. Yo

le llamaba vano, astuto y pérfido; y también tenía razón.

M. Bakunin, en M. Nettlau, M. Bakounine, Esquisse biographique avec extraits de ses oeuvres, en fol. Bibl. Nationale, París, 1901, p. 71.

CONFESIÓN

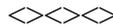
De un manuscrito de Laura, una de las hijas de Marx.¹

Virtud favorita: *La sencillez.*

Virtud favorita en el hombre: *La fortaleza.*

¹ Laura, su hija, dejó en un manuscrito, en inglés, de puño y letra suyos, las respuestas que Carlos Marx había dado a un cuestionario preparado por sus jóvenes hijas en una especie de juego cultural, y que son las que aquí se reproducen.

Virtud favorita en la mujer: *La debilidad*.
Su rasgo principal: *La unidad de propósito*.
Idea de la felicidad: *Luchar*.
Idea de la desgracia: *La sumisión*.
El vicio que más excusa: *La credulidad*.
El vicio que más detesta: *El servilismo*.
Aversión: *Martin Tupper*.
Ocupación favorita: *Ratón de biblioteca*.
Poeta favorito: *Shakespeare, Esquilo, Goethe*.
Prosista favorito: *Diderot*.
Héroe favorito: *Espartaco, Kepler*.
Heroína favorita: *Gretchen*.
Flor favorita: *Dafne*.
Color favorito: *Rojo*.
Nombre favorito: *Laura, Jenny*.
Plato favorito: *Pescado*.
Máxima favorita: *Nihil humani a me alienum puto.*¹
Lema favorito: *De ómnibus dubitandum.*²



EN LOS FUNERALES DE KARL MARX

POR FREDERICK ENGELS

El sábado 17 de marzo, Marx fue sepultado en el cementerio de Highgate, en la misma tumba donde su esposa había sido enterrada quince meses antes.

Junto a la tumba, G. Lemke depositó dos coronas con cintas rojas sobre el ataúd, en nombre del consejo editorial y los distribuidores del

¹ *Nada humano me es ajeno.*

² *Hay que dudar de todo.*

Sozialdemokrat y en nombre de la *London Workers' Educational Society*.

Frederick Engels pronunció entonces, en inglés, las siguientes palabras:

"El 14 de marzo, a las tres menos cuarto de la tarde, el más grande de los pensadores vivientes dejó de pensar. Lo habíamos dejado solo apenas dos minutos y, cuando regresamos, lo encontramos en su sillón, donde se había dormido apaciblemente pero para siempre.

"Una pérdida inconmensurable sufren el proletariado militante de Europa y los Estados Unidos y la ciencia histórica, con la muerte de este hombre. El vacío dejado por la partida de este espíritu superior pronto se hará sentir.

"Así como Darwin descubrió la ley del desarrollo de la naturaleza orgánica, Marx descubrió la ley del desarrollo de la historia humana: el simple hecho, hasta entonces oculto por el excesivo desarrollo de la ideología, de que la humanidad debe antes que nada comer, beber, tener un techo y poseer vestidos antes de poder dedicarse a la política, la ciencia, el arte, la religión, etc.; que, por tanto, la producción de los medios materiales inmediatos de subsistencia y, en consecuencia, el grado de desarrollo económico alcanzado por una época dada son la base sobre la cual han surgido las instituciones del Estado, las concepciones legales, el arte e inclusive las ideas sobre religión del pueblo en cuestión y a cuya luz deben ser, pues, explicados en vez de a la inversa, como había sido el caso hasta el momento.

"Pero eso no es todo. Marx descubrió también la ley particular del movimiento que rige el modo de producción capitalista en la actualidad y la sociedad burguesa que ha creado ese modo de producción. El descubrimiento de la plusvalía hizo luz sobre el problema cuya solución todas las investigaciones previas, de economistas burgueses y críticos socialistas, habían estado buscando en la oscuridad...

"Dos descubrimientos como esos habrían bastado para una sola vida. Feliz el hombre que puede hacer siquiera un tal descubrimiento. Pero en cada uno de los campos que Marx investigó —investigó en

muchos campos, en ninguno superficialmente—, en cada uno de ellos hizo descubrimientos independientes.

"Ése era el hombre de ciencia. Pero éste no era ni la mitad del hombre. La ciencia era, para Marx, una fuerza "históricamente dinámica, revolucionaria. Por grande que fuera el goce con que acogía un nuevo descubrimiento en alguna ciencia teórica cuya aplicación práctica era quizás todavía imposible de contemplar, experimentaba otro tipo de goce cuando el descubrimiento suponía cambios revolucionarios inmediatos en la industria y en el desarrollo histórico en general. Siguió, por ejemplo, de cerca el desarrollo de los descubrimientos realizados en el campo de la electricidad y recientemente los de Marcel Deprez.

"Porque Marx era, antes que nada, un revolucionario. Su misión real en la vida era contribuir, de una u otra manera, a la supresión de la sociedad capitalista y las instituciones estatales que éste había producido, contribuir a la liberación del proletariado moderno, al que él fue el primero en hacer tomar conciencia de su propia situación y de sus necesidades, conciencia de las condiciones para su emancipación.

La lucha era su elemento. Y luchó con una pasión, una tenacidad y un éxito tales como pocos podrían rivalizar. Su obra en la primera *Rheinische Zeitung* (1842), el *Vorwärts*¹ de París (1844), el *Deutsche-Brüsseler Zeitung* (1847), la *Neue Rheinische Zeitung* (1848-49), el *New York Tribune* (1852-61) y, además, una multitud de folletos militantes, su trabajo en las organizaciones de París, Bruselas y Londres y, por último, coronándolo todo, la fundación de la gran Asociación Internacional de Trabajadores: ésta fue, en verdad, una realización de la cual su fundador habría podido estar orgulloso aunque no hubiera hecho ninguna otra cosa.

"Y, por todo ello, Marx fue el hombre más odiado y calumniado de su tiempo. Los gobiernos, absolutistas y republicanos, lo deporta-

¹ *Vorwärts*: un periódico alemán que apareció en París en 1844. Bajo la influencia de Marx, que participó en su edición desde el verano de 1844, comenzó a adquirir una tendencia comunista. [E.]

ron de sus territorios. Los burgueses, conservadores o ultrademocráticos, compitieron entre ellos acumulando infamias contra él. Todo esto lo hizo a un lado como si se tratara de una telaraña, ignorándolo, respondiendo sólo cuando se veía obligado por una extrema necesidad. Y murió amado, reverenciado y llorado por millones de camaradas revolucionarios -de las minas de Siberia a California, en todas partes de Europa y los Estados Unidos— y me atrevo a afirmar que, aunque tuvo quizás muchos opositores no tuvo un solo enemigo personal.

"¡Su nombre perdurará a través de los siglos, lo mismo que su obra!"

